



AZPIAZU, José Antonio: “Guerra y supervivencia. Un episodio del curso guipuzcoano de mediados del siglo XVI”, *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 5, Untzi Museoa-Museo Naval, Donostia-San Sebastián, 2006, pp. 279-300.

U·M

UNTZI MUSEOA · MUSEO NAVAL

Donostia · San Sebastián



Gipuzkoako Foru Aldundia
Diputación Foral de Gipuzkoa

Guerra y supervivencia. Un episodio del corso guipuzcoano de mediados del siglo XVI

José Antonio Azpiazu

1. UN GRAVE EPISODIO DE CORSO SIN EXPLICACIONES CONVINCENTES

La primera década de la segunda mitad del siglo XVI nos proporciona el episodio más llamativo, a mi juicio, de la historia corsaria guipuzcoana, encuadrado en la confrontación que mantuvo la Provincia con los vecinos de Iparralde en el contexto de la guerra entre la monarquía francesa y la española.

Lo que resulta altamente llamativo es que la trascendencia otorgada a esta confrontación de carácter épico se conoce, casi exclusivamente, a través del documento que generó una renombrada Encuesta realizada entre los principales protagonistas del suceso. En dicha Encuesta se relatan, de modo reiterativo, las hazañas que llevó a cabo la flota guipuzcoana en la costa francesa y en Terranova, a modo de castigo, contra la población marinera de Iparralde y las infraestructuras de sus poblaciones. El violento ataque alcanzó incluso a Burdeos, y dejó atemorizados y confusos a los vecinos del Norte¹.

Curiosamente, el fenómeno corsario que se ciñe a esta época apenas ha merecido la atención de los historiadores, cuyas noticias descansan casi exclusivamente en los datos de la mencionada Encuesta de 1555. La historiografía apenas ha dudado de la veracidad de lo expuesto en dicha Encuesta, y, por supuesto, no se ha debatido sobre las verdaderas razones que pudieron provocar el brutal ataque corsario del invierno y primavera del año 1555. Simplemente, el fenómeno se inscribe en el contexto bélico con Francia, razón por la que se ha dado por bueno lo descrito por los principales capitanes que tomaron parte en la contienda, sin preguntarse sobre los posibles motivos del desproporcionado e irracional ataque.

Sin embargo, algunos autores admiten que el relato pueda estar motivado por el deseo de ganarse el favor real, por la intención de amortiguar un posible castigo por parte del Monarca, a cuyas recomendaciones los guipuzcoanos hicieron oídos sordos y a cuyas espaldas se fraguó el fulminante ataque. El desconocimiento de las circunstancias que provocaron la audaz respuesta guipuzcoana puede inducir a interpretar los hechos, desde la lejanía de un lector del siglo XXI, como una reacción bárbara o romántica, propia de poblaciones socialmente poco evolucionadas y deseosas de entrar en contienda por el mínimo motivo.

La virulencia del ataque no cabe entenderla sin que medien razones más convincentes y prácticas, entre otras cosas porque los vascos no se sentían particularmente motivados por las razones que llevaron a la confrontación entre las dos coronas. El enfrentamiento iba contra sus intereses pesqueros y comerciales, intereses poco acordes, por otro lado, con un presunto aventurerismo gratuitamente atribuido a los marinos vascos.

El trasfondo del violento episodio, descrito con crudeza por los propios protagonistas del evento, está preñado de incertidumbres y preguntas, y sorprende que los testimonios, habitualmente interesados, no hayan llamado la atención de los historiadores. Entre los autores que, excepcionalmente, han incidido en los acontecimientos vinculados a la actividad corsaria de este período cabe citar un artículo de Irune Zumalde y las interesantes aportaciones de Selma Huxley en su gran obra sobre las pesquerías de Terranova², que más adelante comentaremos con más detenimiento.

1. Los datos de esta Encuesta han sido utilizados por autores como Rectorán, Seoane y Ferrer, y el mismo Fernández Duro, aunque el documento íntegro ha sido recientemente publicado por J.I. Tellechea Idígoras en su libro *Corsarios guipuzcoanos en Terranova. 1552-1555*, Donostia, 1999.

2. ZUMALDE, Irune: «Un ejemplo significativo del corso en la Guipúzcoa del siglo XVI», *BRSBAP*, XLI, 1 y 2, año 1985, pp. 248-261; HUXLEY, Selma (ed.): *Los vascos en el marco del Atlántico Norte. Siglos XVI y XVII*, Donostia, 1987.

2. EL ESCENARIO EUROPEO Y ALGUNAS APROXIMACIONES A LOS HECHOS

Carlos V y Felipe II controlaban buena parte del panorama político europeo, para lo que contaban con los enormes recursos económicos provenientes de América. Esta privilegiada situación provocaba las lógicas envidias entre los reyes europeos, quienes aprovechaban cualquier circunstancia para atacar los flancos débiles que pudieran observar en la monarquía dominante. El año 1554, la tentativa de vincular, mediante matrimonio de conveniencia, a la monarquía inglesa con la española, fue interpretada como una intentona para dejar fuera de juego al monarca francés.

Los inicios de la segunda mitad del siglo XVI se auguraban especialmente conflictivos entre las monarquías de ambos lados de los Pirineos, pero tampoco faltaban otros frentes que complicaran la situación. El escenario mediterráneo no se mostraba tranquilizador, pues los argelinos conquistaron Bugía el año 1555 y al año siguiente pusieron sitio a Orán, mientras que en 1558 los turcos atacaron Menorca³. Los intentos para apaciguar la situación chocaban de inmediato con renovados conflictos. En febrero de 1556 se firma la paz de Vaucelles, pero a principios del 1557 el Duque de Guisa invade Italia, lo que se interpreta como una declaración de guerra, que conduce, en agosto del mismo año, a la batalla de San Quintín⁴. Sólo a raíz del Tratado de Cateau-Cambrésis, firmado en abril de 1559, se inicia un prolongado período de paz en las relaciones franco-españolas⁵.

En referencia al escenario atlántico, Thompson señala que la década del 1550 se caracterizó por continuos ataques de los corsarios franceses a los intereses comerciales de la Península, ante lo que la Corona española optó por dejar la responsabilidad de la defensa en manos de las propias comunidades marineras, promocionando el corso⁶. Otros autores adelantan sensiblemente las fechas de esta animosidad. Seoane lo asocia al expolio al que estaban expuestos los barcos procedentes de América: «En los primeros años del siglo XVI aumentaron de un modo considerable los corsarios franceses, que se dedicaban a la captura de naos que venían de las Indias»⁷, pero indica asimismo que el problema se retrotrae al siglo XV. De hecho, en las Juntas Generales de Gipuzkoa de 1497 se pide a Fernando el Católico autorización para actuar en corso, expidiéndose, el 30 de junio de ese año, una Real Cédula al efecto, donde se especifica que sólo se daba licencia para molestar a barcos franceses⁸.

La exasperación de los enfrentamientos se produce, en opinión de Selma Huxley, con la entrada de la segunda mitad del siglo XVI: «Hasta la década de 1550 los ataques de los corsarios se efectuaban más bien cuando los navíos se acercaban a las costas europeas o cuando faenaban en los puertos irlandeses. Sin embargo, a partir de 1550 la situación empezó a empeorar y ni siquiera los mismos puertos de Terranova quedaban exentos de ataque»⁹. Los gobernantes empezaron a percatarse de los daños que, a raíz de estos enfrentamientos, estaban produciéndose en el comercio.

Una de las escasas aportaciones que arroja algo de luz a la particular actividad del corso vasco durante estos años nos lo muestra un episodio que ocurrió en la primavera de 1552. Se trata de un enfrentamiento ocurrido con ciertos armadores franceses que, provistos del correspondiente salvoconducto, navegan rumbo a Donostia con vino y cereales, y son atacados por una docena de zabras armadas procedentes de varios puertos del Cantábrico. Se trataba de una armada compuesta por naos de Hondarribia, Pasaia, Donostia, Deba, Lekeitio, Castro y Laredo que atacó a dichos proveedores siguiendo la consigna, según palabras de los propios corsarios, de «hacer guerra contra franceses en servicio de su magestad a su propia costa dellos, con sus nabíos e zabras e gente»¹⁰.

Los problemas, como se ha dicho, venían por lo menos del tiempo de los Reyes Católicos, y se sucedieron a lo largo del reinado de Carlos V. Un pleito que se desarrolla entre los años de 1537-1542 nos muestra el continuo enfrentamiento entre España y Francia, con unos efectos nefastos a nivel comercial, como los sufrió el mercader burgalés Lesmes de Astudillo¹¹, sobre ciertos navíos quitados a franceses por el capitán Andrés de Mata, al mando del cual se hicieron a la mar «para ir de

3. THOMPSON, I.A.A.: *Guerra y decadencia*, Barcelona, 1981, p. 18.

4. KAMEN, H.: *Felipe de España*, Madrid, 1997, p. 66 y ss.

5. LAPEYRE, H.: *Une Famille de marchands, les Ruiz*, Paris, 1955, p. 399.

6. THOMPSON, I.A.A.: *Guerra y decadencia*, *op.cit.*, pp. 21 y 22.

7. SEOANE Y FERRER, R.: *Navegantes Guipuzcoanos*, Madrid, 1908, p. 46.

8. *Ibidem*, p. 48.

9. *Los vascos en el marco del Atlántico Norte*, *op.cit.*, p. 64. Según esta historiadora, los gobernantes percibieron el peligro de que estos enfrentamientos perjudicaban al comercio, e intentaron controlar a sus propios corsarios.

10. ZUMALDE, I.: «Un ejemplo significativo del corso en la Guipúzcoa del siglo XVI», *op.cit.*, pp. 249-261.

11. Archivo Chancillería Valladolid, (en adelante Ar.Ch.V.), Pl. Civ., Quevedo (F.) 666-1.

armada contra enemigos franceses y hacerles la guerra». Se encontraron con tres navíos franceses cargados de lienzo y los trajeron a Donostia, originando la movilización de todos los resortes al alcance del mencionado Astudillo para intentar recuperar las mercaderías, destinadas a la feria de Medina del Campo.

Otras fechorías de menor alcance, pero siempre importantes para los afectados, conseguían convertir la costa atlántica en un escenario de conflictos sin tregua. El 30 de mayo de 1543 corsarios vascos donostiarras hicieron cinco presas, dos de vino de Burdeos, tres de sal de la Rochela¹². Pero la suerte inversa no era infrecuente. Sancho de Alquiça, de Hondarribia, compró olonas en Burdeos «en tiempo de paz», el año 1546, y viniendo sobre su pinaça tres navíos de Diepa armados en corso les quitaron las olonas que traían¹³.

3. LOS RELATOS SOBRE LA REACCIÓN GUIPUZCOANA

La conocida Encuesta de 1555 ordenada por Felipe II para esclarecer las circunstancias de lo acontecido a principios del referido año muestra una cara, interesada, de los hechos. Pero aparte de las exageraciones y excesivos méritos que se atribuyen los capitanes encuestados, no se abordan las verdaderas razones de la desproporcionada reacción de la marinería guipuzcoana. Todo queda disfrazado bajo una capa de servicio al Rey, al que ayudan en la lucha contra el enemigo en cuestión, Francia. Pero no se desvelan los motivos del excesivo celo mostrado en la refriega, porque ello conllevaría un grado de autoinculpación por haberse tomado la justicia por su mano.

De momento, y previo al análisis de las circunstancias que motivaron el conflicto, veamos los términos en que los diversos autores que tratan el tema abordan las confesiones de la Encuesta. Ésta, por cierto, resulta de una espectacularidad inédita, un auténtico relato de insólitas hazañas tal como han sido atribuidas por la imaginación popular a un mundo corsario que roza la piratería. De hecho, se consigue perfilar el relato con más glamour que la mente del novelista más proclive al tremendismo pudiera perfilar en torno al proceloso mundo de los enfrentamientos corsarios. En las confesiones se conjugan violencia, valentía, oportunismo, habilidad marinera, afán de servicio, coordinación en los ataques, los ingredientes apropiados para redactar un informe efectista, en el que los diversos testigos coinciden en lo principal, añadiendo detalles individuales de interés. Los testimonios se convierten en una ampulosa proclamación de la osadía y entrega que el Monarca solicitaba de los corsarios, en este caso al conjunto de la flota guipuzcoana.

Son muchos los autores que se hacen eco del evento, al que aplican desigual juicio y opinión. Seoane menciona la información oficial realizada en Donostia ante el Corregidor Fernando de Zúñiga¹⁴, y recoge las noticias de las 350 velas que fueron artilladas por armadores guipuzcoanos, haciendo mención a los encuentros habidos con los franceses en Terranova. Rectorán habla de lo acontecido en este episodio de la guerra con Francia, que él centra en el año 1555, con referencias a capitanes donostiarras como Martín Cardel, armador y capitán, quien estimaba que, entre grandes y pequeños, se armaron en la ocasión en Gipuzkoa más de trescientos barcos. Recoge que los guipuzcoanos entraron en el canal de Burdeos, donde trescientos arcabuceros descendieron a tierra, acompañados de tambores, etc., saqueando los lugares y arruinando el país. Como represalia, seis grandes barcos armados en San Juan de Luz atacaron de noche Mutriku, y se llevaron una gran carraca allí fondeada, de Juan de Iturriza. Fue el propio Cardel quien recibió el aviso del ataque en Donostia y organizó su captura, saliéndoles al encuentro con seis zabras. Tras un sangriento combate reconquistaron la carraca y ahuyentaron a los franceses. Menciona también las hazañas de Terranova, el atraco de los barcos que venían cargados de bacalao, los combates que duraron dos días y dos noches, y las grandes bajas humanas que se produjeron¹⁵.

Fernández Duro se hace eco de los principales testigos que tomaron parte en la Encuesta, a la que titula «Información hecha en la villa de San Sebastián, el año 1555, para acreditar las acciones marineras de los capitanes armadores de Guipúzcoa durante la guerra con Francia». Este autor tampoco parece poner pegas a dicha relación, pues no parece dudar de la veracidad de lo relatado y,

12. Archivo Histórico Protocolos Oñati (en adelante AHPO), III-333, f. 59.

13. AHPO, III-316a, f. 106.

14. *Navegantes Guipuzcoanos*, op.cit., pp. 49 y 50.

15. RECTORAN, P.: *Corsaires basques et bayonnais, du XV au XIX siècle*, Bayona, 1946, pp. 212-218.

sobre todo, no pone objeción a los motivos indicados en la misma¹⁶. Algo más crítico se muestra Ducéré, quien tras relatar los acontecimientos acaecidos en la primavera del 1555 cuestiona no los hechos en sí, a los que parece dar credibilidad, sino la capacidad de los guipuzcoanos para formar semejante armada, compuesta de 300 navíos, con sus correspondientes cañones, municiones, etc., lo que le parece excesivo para atribuirlo exclusivamente a los puertos guipuzcoanos. Este autor se pregunta asimismo cómo fueron capaces de realizar una incursión tan devastadora sobre Terranova, operación en la que los franceses perdieron 400.000 ducados, a lo que había que añadir la toma, en el conjunto de la operación, de más de 1000 navíos. Ducéré no parece poner en cuestión que en la operación los guipuzcoanos se apropiaran de 5000 piezas de cañón e hicieran 15.000 prisioneros. Este autor, sin poner en tela de juicio los hechos narrados, deduce que la finalidad principal de estas armadas era destruir el comercio y la pesca del bacalao de los franceses en Terranova, sin cuestionarse sobre si sus compatriotas de Iparralde no buscaban lo mismo¹⁷.

Tellechea Idígoras ha publicado la Encuesta completa, y a través de su relato se puede apreciar la macabra belleza de aquel ataque sin cuartel producido a principios del 1555. Tras una somera introducción, recoge la petición de Pedro de Arrandolaza de octubre de 1555 para informar sobre las hazañas de los armadores y sobre los barcos vascos que lucharon contra el rey de Francia, tomando muchas presas, a la que sigue el interrogatorio a los armadores y capitanes que tomaron parte en los acontecimientos¹⁸. Se informa sobre los barcos salidos contra Francia los últimos cuatro y cinco años, esto es, en el período de guerra contra la monarquía vecina, cuyos marineros fueron perseguidos en Donibane Lohizune, Finisterre, Noruega, etc., tomando a los franceses diversas naos, tanto armadas como «de marchante» o comerciales, desbaratando sus programas de las pesquerías en Terranova y causándoles enormes perjuicios económicos.

Tellechea, como en la práctica el resto de historiadores que abordan el documento y la época, da por buenas las razones que motivaron el ataque, aunque admite que los testimonios tenían por objeto obtener del Rey una serie de beneficios a modo de títulos, subvenciones, etc. Los hechos se pretenden inscribir, por tanto, en la normalidad que podían suponer los acontecimientos propios de una guerra. Pero resulta un tanto incongruente que, aun sin poner en duda el arrojo de los marineros vascos, la capacidad y la preparación de la flota basca, los armadores, esto es, los que financiaban las expediciones, se implicaran tan frontal y vehementemente ante los enormes riesgos que comportaba una campaña de semejante calibre.

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que, si algo ha caracterizado a los mercaderes vascos, vinculados desde muy temprano a las expediciones a Terranova, es su espíritu práctico, nada romántico ni aventurero. Como se ha comentado, algún historiador observa en la citada Encuesta unas miras claramente calculadas, un afán de justificar su actitud bélica a la vez que de obtener ventajas, distinciones y reconocimientos. Sin embargo, nadie parece observar en el origen de la imponente expedición, en la que se pusieron todos los medios económicos y humanos disponibles, alguna razón que no fuera la de una estricta contribución a la guerra contra Francia. Si resultan justificables, incluso calculadas, las acciones puntuales que se desarrollan entre 1551 y 1554; si esta toma de posiciones ante una situación bélica resultaban previsibles, y actuaban como toques de advertencia para no perder posiciones en la presencia de los balleneros de Hegoalde en Terranova, algo inesperado y grave debió ocurrir para que los hechos derivaran hacia un enfrentamiento que, al fin y al cabo, fue dirigido contra los hermanos de Iparralde, con los que compartían pesquerías y con cuyas poblaciones seguían comerciando, incluso en períodos de guerra. No cabe entender que, en la mentalidad de los armadores vascos, que invertían su dinero en busca de ganancias, se produjera sin una justificación suficiente que muchos armadores, tal como se indica en la Encuesta, prepararan la expedición de castigo a su propia costa, «y aun muchos dellos vendiendo y empeñando sus patrimonios», como se hace observar en la Encuesta.

Remitimos encarecidamente al lector a los datos contenidos en el mencionado informe, rico, sugerente y lleno de colorido, en que se recogen las declaraciones de los capitanes más significativos que tomaron parte en el ataque contra los franceses. Pocas veces nos podremos encontrar con un relato tan pormenorizado y exhaustivo, incluso solemne, de lo ocurrido en la costa francesa y en

16. FERNÁNDEZ DURO, C.: *Disquisiciones Náuticas*, T. VI, Madrid, 1996, pp. 355 y ss., donde incluye una amplia información de los principales testigos.

17. DUCERE, Edouard: *Les corsaires sous l'ancien régime*, Bayona, 1980, pp. 13 y ss.

18. TELLECHEA IDÍGORAS, J.I.: *Corsarios vascos en Terranova*, op.cit., pp. 45-49.

Terranova en la primera mitad del año 1555. Su lectura resulta altamente ilustrativa, de indudable interés para visionar un furioso ataque corsario en que se implica a toda una comunidad marinera. Los testimonios ofrecen un relato en el que no faltan claras muestras de crueldad, propias por otra parte de los enfrentamientos de aquellos tiempos. Los capitanes se recrean en la ritualidad y solemnidad, no exenta de belleza, de una acción apoyada en una estrategia ejemplar. Ni siquiera falta en los testimonios el brillo de una escenificación que buscaba la intimidación habitual para obtener los efectos buscados en aquellas ocasiones, con acompañamiento de pífanos y tambores, y tampoco se disimulan ciertas muestras de saña ejemplificantes, aparte de que se deja entrever una indisimulada sed de venganza. El «gran terror y espanto» a que aluden las declaraciones no suena a expresión superflua ni gratuita. De hecho, sabemos que Felipe II intentó apaciguar los ánimos de los pescadores y armadores vascos cuando éstos proyectaban, subrepticamente, su gran ataque. ¿Qué se ocultaba tras una actuación frontal y de exterminio, aquella ominosa reacción que los de Iparralde calificaron de «gran vituperio»?

A pesar de la amarga corrección que supuso para los vecinos de Iparralde la feroz incursión que llevó el pánico a la ría de Burdeos, la venganza brilló con especial efectividad y significado en las propias costas de Terranova, precisamente allí donde los franceses podían temer una insólita virulencia de los vecinos del Hegoalde. Apercebidos como estaban los de Iparralde, nada pudieron hacer para detener el ímpetu de los guipuzcoanos. A pesar de que colocaron estratégicamente los barcos cortando el acceso al puerto donde se hicieron fuertes, los guipuzcoanos organizaron una incursión nocturna por tierra y los atacaron por la espalda, desbaratando todas sus defensas y ocasionándoles daños sin cuento. Estos graves acontecimientos no pueden ser casuales, ni obedecer a una ciega inclinación a la violencia, incluso la motivada por una guerra dañina, fratricida y altamente conflictiva. ¿Dónde radicaba la verdadera razón de estos sangrientos episodios?

4. EL TRASFONDO DEL CONFLICTO

Cada conflicto admite distintas interpretaciones, pero resulta imposible hurtarse a la búsqueda de las razones que resulten convincentes en atención a las diversas circunstancias que invariablemente acompañan a una guerra. Los diferentes contendientes que toman parte en ella lo harán atendiendo a unas motivaciones que son compartidas y a otras que les son exclusivas, debido a los diferentes intereses que se barajan en toda confrontación de estas características. Si echamos pie en los años cincuenta del siglo XVI y analizamos el caso vasco, nos damos cuenta de que la guerra con Francia ofrece versiones variopintas, distintas lecturas, que responden a diferentes motivaciones. Una comunidad perteneciente o aliada a una potencia superior, a cuya vera pelea, difícilmente se moverá por una única razón. La diferente intensidad de su aportación bélica obedecerá a situaciones que conviene descifrar, porque determinadas actitudes ayudan a detectar los motivos más insospechados.

La lucha fundamental se debate en el panorama global del enfrentamiento entre Enrique II y Felipe II, y en el decisivo sector corsista Gipuzkoa se erige en la principal protagonista. Esto se debe a que está situada en un punto neurálgico de la tensión entre poderes imperiales, la imprecisa frontera. Antiguamente ésta venía denominada como «raya de Francia», pero en tiempo de los Reyes Católicos cambia el concepto de los límites, que se decanta a favor de una hermética y controlada «frontera con Francia», lo que provoca que los piques habituales entre los vecinos se maleen artificial e innecesariamente, por mor de políticas superiores favorables a controlar los movimientos fronterizos y los límites. Los términos cercanos a la «raya» habían sido anteriormente espacios de convivencia y aprovechamiento común entre los vecinos de ambas vertientes del Pirineo.

Las habituales tensiones entre las poblaciones fronterizas se habían vuelto más complicadas debido a los diferentes o enfrentados intereses de las comunidades marineras de ambos lados del Bidasoa. Dos décadas antes había comenzado la explotación de las pesquerías de Terranova, y en torno a ellas se barajaban grandes intereses estratégicos y comerciales. Quien se quedara con la exclusividad del negocio podía mirar el futuro con optimismo. La atracción de las pesquerías fue enorme, y los vascos de ambos lados de la frontera cifraban gran parte de sus beneficios, que resultaban espectaculares, en los resultados de las expediciones transatlánticas. Cualquier amago de una de las partes para monopolizar estas pesquerías provocaría una furibunda reacción de sus vecinos, constituyéndose en una razón convincente para provocar una movilización popular y masiva.

Los graves acontecimientos de primavera de 1555 tendrían una explicación más que plausible si respondieran a la transgresión que hubiera roto el equilibrio de alguna de las circunstancias pes-

queras o mercantiles antes señaladas. Los factores que desencadenaron el fulminante ataque de la marinería guipuzcoana, representada por la flor y nata de armadores y capitanes, difícilmente pueden atender a otro razonamiento. Por mucho que en la Encuesta se manifieste una inequívoca adhesión al Monarca, en cuya alianza anidan muchos intereses comunes, no cabe entender una acción de guerra que alcanzara la virulencia mostrada en la ocasión. En general, las llamadas a las armas obtenían unas respuestas teñidas de cicatería o reticencia, reacciones apoyadas en los pactos sellados por la Provincia con el Monarca. En este caso se produce la reacción opuesta, sobrepasando los planteamientos del Rey, que no está dispuesto a batallas que motiven dificultades para sellar o pactar acuerdos con el mandatario vecino.

De hecho, uno llega a preguntarse qué clase de guerra explica que prosiga el comercio entre componentes de ambos bandos contendientes, o que los oficiales reales lleguen a componendas para pedir al teórico enemigo que les suministre trigo o vino. Por otra parte, se asumía el clima bélico, y las embarcaciones que iban a negociar hacia Andalucía se armaban a conciencia, y lo hacían declarando los motivos que les empujaban a estas medidas de seguridad. En mayo de 1557 Jacobo de Ibaseta está a punto de salir con el barco *La Magdalena* rumbo a Sevilla, y para asegurar el importante cargamento que le confían se arma a conciencia, declarando explícitamente su temor a los franceses¹⁹. Ese mismo año se habla en Hondarribia del «cierre de fronteras», y se produce el secuestro de bienes de franceses, a la vez que se nota la presencia de actividades de espionaje, se hace mención de sobornos, etc.²⁰. Por otra parte, en Hondarribia, como población más implicada en la defensa fronteriza, se observan desde 1552 movimientos de materiales destinados a reforzar la seguridad de la guarnición de guerra. Dicho año se negocia en Bera de Bidasoa el acarreo de madera «para probehimiento de la plataforma e casa de munición nueva e casas para aposento de la gente de guerra»²¹.

Las poblaciones costeras vascas eran conscientes de que, cada vez que se producía un ataque o situación de guerra, quedaban a merced de sus propios medios y recursos. Pero no sólo eso. La experiencia les iba enseñando que las prohibiciones de comerciar con los enemigos, o de controlar el paso de la frontera, eran sistemáticamente derogadas cuando mediaban intereses de instancias superiores o de mercaderes poderosos que debían abastecer mercados como los de Medina del Campo. Era una estrategia diseñada para que sólo sufrieran las zonas directamente afectadas, quedando al margen del conflicto los centros de decisión y poblaciones importantes. Claro que, a la larga, los vascos se fueron desengañando de mantener un romanticismo caballeresco que impulsaba a colaborar en una causa, digamos, noble, y fueron adoptando posturas más prácticas y acordes con las lecciones que recibían de quienes debían haber sido ejemplo de las actitudes que exigían. Este desencanto, que toma tintes dramáticos a raíz del desastre del 1588, irá alimentándose a medida que avance el reinado de Felipe II, y los acontecimientos del año 1555 serán un buen punto de arranque de la desafección por una causa en la que tenían fe y a la que contribuyeron, a veces incluso con excesivo celo.

El ambiente que rodeaba a la sociedad que protagonizaba el curso no puede catalogarse de extraño. Nada más alejado de la realidad tratar a los corsarios como a un colectivo ajeno a la comunidad de la que procedían y a la que se sentían vinculados. Resultaría inconcebible que el pueblo cuyos intereses e integridad defendían se negara a arroparlos. De lo que no cabe la menor duda es de que se trataba, en su globalidad, de una sociedad madurada por el roce de una violencia casi congénita, instalada tanto en la vida normal como en el fenómeno corsario. La naturalidad con que convivían comercio y violencia no sólo se daba en el mar, en el mundo corsario, sino que tenía su cabal reflejo en la vida cotidiana del siglo XVI, aunque quizá con más incidencia entre las castigadas comunidades maríneas que en las poblaciones del interior. Es comprensible que así fuera y así lo aceptarían, pues de lo contrario la violencia que se reflejaba en el ambiente marino resultaría insoportable.

Mirando tierra adentro, aunque no lejos de la costa, Oiartzun fue testigo, el año 1556, de un «salteamiento y robo» en el camino real con utilización de ballestas y otras armas, y los salteadores actuaron con las caras cubiertas. Resulta cuando menos sintomático que la fechoría se produzca, en pleno período de guerra, precisamente «en los confines de los reinos de Nabarra y Francia y España»²². Ese mismo año se registra en Orio una reyerta callejera con herida de cuchillo²³.

19. AHPO, I-2577 f. 37.

20. AHPO, III-324 f. 96.

21. AHPO, III-324 f. 112.

22. AHPO, III-2009 f. 68.

23. AHPO, III-2008 f. 36.

Obviamente, esta violencia alcanzaba también las relaciones familiares. En 1555 recogemos un episodio de violencia familiar que puede ayudar a comprender la presencia de diferentes tipos de actitudes violentas, las cuales estaban a la orden del día. Se trata de una querrela presentada por María de Altamira y su hijo Pascual contra el marido y padre de ambos Pascual de Leaegui, en razón a que éste, el año anterior, les había echado de casa y maltratado a ella y a sus hijos «dándoles de palos e pedradas e cuchilladas», habiéndoles incluso amenazado de muerte²⁴.

En suma, el discurrir de la vida guipuzcoana nos diseña un apropiado telón de fondo que permite encuadrar el ambiente en el que se produjeron los gravísimos acontecimientos del año 1555. El informe que dio cuenta de las hazañas protagonizadas ese año por el corso vasco se inscriben en el clima bélico, aunque algo suavizado por treguas puntuales, que caracterizó toda esa década.

5. LAS RAZONES RADICARON EN TERRANOVA

Centrándonos en el fenómeno que nos ocupa, que gira en torno a la reacción de los habitantes de la costa guipuzcoana en 1555, percibimos que determinados avatares ayudan a «calentar motores» en el cuerpo de la marinería vasca. Uno de los factores desencadenantes que conducen a la contienda hay que buscarlo en el abusivo embargo de la flota, destinada por decreto al traslado del Príncipe Felipe a Inglaterra. El propósito no era otro que aliarse con Inglaterra por medio del matrimonio con la reina María, unión de la que no tuvieron hijos, aunque Felipe permaneció un año en la isla²⁵. La expedición se hace a la mar en La Coruña el 13 de julio de 1554, con 125 navíos y 4000 soldados, y llega a Inglaterra el día 19. Este embargo provoca, obviamente, que los barcos vascos no puedan preparar la flota para Terranova²⁶. Los barcos fueron inutilizados para otros menesteres a partir de enero de 1554²⁷, y en los pleitos se hace mención de la desprotección de cuatro barcos de Hegoalde que se dirigieron a Terranova tan pronto cuanto los liberaron del embargo. La documentación señala que, en efecto, el previsible desastre se produjo y que trece barcos de Iparralde se hicieron dueños de los mismos, y que al final de la campaña se utilizó uno de ellos para devolver a los marineros ultrajados a Getaria²⁸.

Huxley se hace eco del desencanto que iba produciendo la cadena de embargos, a menudo arbitrarios, de la flota vasca, y de la que se derivaba un progresivo debilitamiento de la economía vasca. Aunque las reflexiones de dicha historiadora se refieren más directamente a lo ocurrido en los años 80, antes de la Gran Armada, resultan igualmente válidos para nuestro caso: «Después de generaciones de buen y leal servicio a la Corona, los armadores, mercaderes y marineros de la costa se encontraban resentidos por la falta de comprensión por parte del Rey, llegándose casi al punto de rebelión aún antes de la década de 1580-1590». Esta autora admite que las consecuencias económicas de la política exterior de Felipe II durante el último cuarto del siglo XVI llegaron a desesperar a los comerciantes vascos²⁹, llegando incluso los armadores a enfrentarse descaradamente a los oficiales reales que los acuciaban a preparar los barcos para servir en destinos oficiales.

El control de Terranova venía siendo el principal negocio de gran parte de la marinería vasca, tanto de Hegoalde como de Iparralde. Las expediciones, en muchas ocasiones, se solían organizar conjuntamente, mezclando marineros de ambos lados del Bidasoa, financiándolas con fondos de diferentes procedencias, e incluso utilizando barcos del ocasional competidor. Tal era el acuerdo del que todos se beneficiaban, y tradicionalmente los barcos balleneros de Iparralde hibernaban en Pasaia, considerado puerto más seguro y punto de partida de muchas de las expediciones compartidas.

El buen entendimiento empezó a tropezar con desacuerdos a raíz de la guerra entre las dos monarquías, y la tendencia a convertir la tradicional y flexible «raya de Francia» en «frontera» de hecho propició enfrentamientos fratricidas también en el mundo marítimo y pesquero. Los pescadores, en principio ajenos a una guerra que no les beneficiaba, se agarraban a las antiguas prácticas

24. AHPO, III-321 f. 23.

25. KAMEN, H.: *Felipe de España*, op.cit., p. 13.

26. MENÉNDEZ PIDAL, R. (dir.): *Historia de España*, T. XXII, Madrid, 1988, pp. 343 y 344.

27. HUXLEY, S.: *Los vascos en el marco del Atlántico Norte. Siglos XVI y XVII*, op.cit., p. 81, donde incluye un documento titulado «Embargo de varias naos de Orio hecha por Pedro de Telleheche, en nombre de Joan Martínez de Recalde, 'criado de su Majestad'», [Orio, 19 de enero de 1554], donde se hace notar «que todas las dichas quatro naos estén en esta canal e puerto... y así bien embargaba y embargó la nao nombrada San Nicolás, que al presente está surta en la canal y puerto de Pasaje».

28. *Ibidem*, pp. 81 y 84.

29. *Ibidem*, p. 133.

que redundaban en mutuo beneficio, pero las autoridades se encargaron de enzarzarlos en peleas de cariz falsamente «patriota», lo que acabó por enfrentarlos y llegar a límites hasta entonces insospechados.

Al avecinarse la guerra, las autoridades guipuzcoanas, sin duda apercebidas por los representantes del Monarca, empezaron a poner dificultades a los barcos de Iparralde que utilizaban Pasaia como refugio. Estos, obviamente, se quejaron de estas enojosas novedades, pero las medidas se fueron endureciendo, empezaron los embargos y se produjo el consiguiente enfrentamiento entre los balleneros de ambos lados del Bidasoa. Contra la voluntad de las comunidades de ambos lados, la lucha tuvo su lógico reflejo negativo en aquello que en muchos aspectos les había unido, las pesquerías de Terranova.

En las notas de la Junta Provincial celebrada en Tolosa en abril de 1550 leemos que

«Este día se presentaron en la dicha Junta el Liçençiado Mosen Joan de Abas e Martín de Penoya, franceses, en nombre de los conçeijos de San Joan de Lus e Çubiburu e Urnia... quexándose que de la villa de San Sebastián no dexaban a las naos que de los dichos conçeijos yban al puerto de Pasaje a estar e ynbernar cargar en las dichas sus naos las cargas que para ello tenían sin su liçençia... y que asimismo el pan, sidra, sal e mantenimientos que traian de sus casas para provisión de las dichas sus naos de bituallas compradas... y que así bien de pocos días a esta parte las veces que aportan al dicho puerto del Pasaje con la pesca que traen de Terranova con temporal o en otra manera viniendo para sus casas les apremiaban e compelián de hecho a que descargasen la dicha pesca, así de pescados como de sayenes, en la dicha villa»³⁰.

En la Junta de Basarte, celebrada en junio de 1553, las medidas son aún más drásticas: «sobre las cédulas que Su Alteza abía mandado dar para embargar los nabíos e zabras que estaban en los puertos d'esta dicha Provinçia mandándoles que no salieran de armada ni fuesen a Terranova donde los franceses estan pescando»³¹.

Es en este contexto donde cabe entender, e interpretar correctamente, lo que ocurrió en los años 1554 y 1555. El primer año se produjo el embargo masivo, provocado por el traslado del Príncipe a Inglaterra, y los de Iparralde se dejaron llevar por la ilusión de la ventaja que les otorgaba, en Terranova, la escasa presencia de barcos vecinos. Cuando estos, que viajaron con retraso y en franca desventaja, fueron atacados y humillados, el verano de 1554, el daño estaba hecho. La declaración del oriotarra Nicolás de Aldape sobre lo ocurrido en Los Hornos, Terranova, nos pone en antecedentes:

«Se partieron del Pasaje a 20 de mayo último que pasó para Terranova a la pesca de ballenas y llegados a Tierranova tomaron puesto en un puerto llamado Los Hornos, así el dicho galeón, como otras tres naos de su compañía, y estando sobre su pesca, los franceses de San Juan y Bearriz e de Cabretón hicieron armada contra el dicho galeón Bárbara y los demás españoles... a los 25 de jullio... con treze naos, por mar y por tierra y los conquistaron por fuerça de armas peleando un día y una noche, matándoles un hombre del Pasaje y hiriendo otros... y así este testigo y muchos marineros españoles binieron al puerto de Guetaria con la nao del dicho Joanes de Urdayde que les dieron para pasaje habiéndoles tenido presos en más de un mes»³².

La fecha de la declaración nos da idea de la rapidez con que se dieron las noticias que calentaron los ánimos de los guipuzcoanos, ya de por sí muy decepcionados por no haber podido acudir a las pesquerías de primavera. El ocho de octubre de 1554 ya habían llegado a Gipuzkoa los que habían sufrido el acoso francés, y habían relatado lo ocurrido, que la población guipuzcoana consideró una traición y una deslealtad. Lo que sobrevino a partir de este momento lo tengo relatado³³, pero voy a seguir sus líneas principales, debido sobre todo a una razón que no me ha dejado de llamar la atención: la prácticamente nula vinculación que los pocos historiadores que se han ocupado de este período han entablado entre la campaña, frustrada, de 1554, y los extraordinarios acontecimientos relatados en la tantas veces referida Encuesta.

30. DÍEZ DE SALAZAR, L.M. & AYERBE, R.M.: *Juntas y Diputaciones de Gipuzkoa* [en lo sucesivo *JJ y DD*], (T. I, 1550-53-Documentos), Donostia, 1990, p. 26.

31. *Ibidem*, p. 470.

32. *Ibidem*, p. 81.

33. Este tema aparece ampliamente tratado en mi libro, recientemente publicado, *Historias de corsarios vascos. Entre el comercio y la piratería*, Donostia, 2004, sobre todo en los capítulos 14 y 15.

Inmediatamente, se produjo una virulenta reacción. La venganza, alentada por la decepción que supuso la «traición» de los hermanos de Iparralde, fue madurándose en los puertos guipuzcoanos al amparo del descanso invernal. Los que salieron a Terranova en verano de 1554 sabían con qué se iban a encontrar, y sin duda muchos les tildaron de imprudentes. Pensaron quizá, al lanzarse a la aventura, que la suerte les acompañaría, y que los vecinos no osarían molestarles al acudir tarde y con pocos medios. La balanza donde los armadores y aseguradores sopesaron los pros y los contras se inclinó más hacia la esperanza de la ganancia que al riesgo al que evidentemente se enfrentaban. Puesto que el grueso de la flota no pudo acudir a la llamada de la expedición primaveral, con gran disgusto y perjuicio, debido al embargo del Monarca, los cuatro barcos decidieron correr una tardía aventura, cuyo funesto resultado desencadenó el previsible desastre.

El invierno entre los años 1554 y 1555 debió ofrecer un panorama intrigante entre la marinería de Hegoalde, sazonado por las historias de los balleneros que habían vuelto humillados de Terranova. Armadores, capitanes y marineros tuvieron tiempo y motivos para responder a la osadía de los de Iparralde. En las lonjas de los puertos se rumiaba la venganza, fraguada con el frío de la estación y el acaloramiento de una rabia contenida. Está claro que todos los planes se llevaron a cabo en el mayor de los secretos, no fuera que el Rey prohibiera una acción en la que no estaba interesado. No quería malgastar «su» flota en querellas particulares de las que él no sacaba beneficio, y de cuyos posibles enfrentamientos sólo derivarían problemas añadidos con el Monarca francés. Algo debieron vislumbrar los oficiles reales, pues el Rey ordenó que se prohibiera cualquier salida en corso que no contara con su beneplácito. Pero está claro que sus advertencias cayeron en saco roto.

La polémica «guerra de Terranova» sólo accidentalmente puede inscribirse dentro del conflicto con Francia. Se trata, aunque presente connotaciones propias de un período bélico, de un ajuste de cuentas generado por una circunstancia de carácter mercantil, competencial, vinculada a un conflicto pesquero, generado por el decidido afán de marcar las líneas que se habían de establecer en las pesquerías de Terranova.

Los marineros de Iparralde eran conscientes de a qué se exponían con aquel ataque a las pocas unidades procedentes de los puertos vecinos, y los testigos así lo hacen constar. Sólo así se entiende que, aun siendo pocos y controlados, los retuvieran en Terranova al objeto de que no dieran el aviso del atropello a sus comunidades. Pero no fue menos grave la postura que tomaron con dichos marineros secuestrados, pues tras impedirles cumplir el propósito que les había llevado a Terranova, los obligaron a colaborar en la pesca en su propio beneficio, lo que añadió un cualificado escarnio a la impotencia a la que fueron sometidos. Cuando por fin liberaron a la mayor parte de la tripulación, embarcándola en uno de sus propios navíos con muy escasos medios y mantenimientos, pudieron volver a su tierra. Otra parte de la marinería volvió en los barcos de Iparralde, y los liberaron en la costa francesa. Alguno de estos barcos lo arrastró la tormenta hacia Galicia, donde abandonaron el navío y su cargamento en manos de los rehenes. Conscientes de su situación, rogaron a éstos que no les delataran, les dieron dinero, y para escapar a la posible venganza de los secuestrados se hicieron pasar por peregrinos que se dirigían a Santiago.

Las últimas semanas de 1554 y las primeras del año entrante se preparó la venganza. La fulminante reacción se disfrazará con apariencias de servicio real, pero lo único que contemplaba el ánimo de los guipuzcoanos era una respuesta contundente a la provocación acaecida en Terranova el verano de 1554, y es en ese contexto donde las declaraciones de la Encuesta adquieren cabal explicación y resonancia.

6. EL PUEBLO FINANCIA EL CORSO

El corso no es un capricho, los corsarios no pertenecen a un mundo aparte, y todo lo relacionado con este fenómeno tiene profundas raíces en los elementos que componen el modelo de vida de los vascos de la costa. En el caso concreto que nos ocupa, tampoco las pesquerías de Terranova eran patrimonio de un grupo de aventureros sedientos de emociones fuertes. Era la necesidad la que les llevaba allí, animados por unas ganancias que su tierra no les proporcionaba, de modo que pudieran aportar sustento a sus familias. Pero los balleneros tampoco eran los parias de la sociedad, los abocados a imprevisibles peligros, los enrolados en peligrosas expediciones a cuyo incierto destino se enfrentaban en la inhóspita y terrorífica soledad de Terranova. Toda la sociedad, y no sólo la costera, estaba pendiente del éxito o del fracaso de las pesquerías. Uno de los signos más claros de esta implicación popular queda claro ante el hecho de que la financiación de las flotas dependía, en

buena medida, de la aportación de gente humilde que contribuía a la empresa con dinero, con una barrica de sidra, o con una chalupa³⁴. Se puede decir que el éxito de los balleneros estaba vinculado al apoyo material y, por supuesto, moral y afectivo, de los ciudadanos que no viajaban a las costas de Canadá. Cabe añadir que eran muchas las poblaciones del interior interesadas en el proyecto de Terranova, lo que nos permite observar la presencia de capital, destinado a esta empresa, procedente de mercaderes de Oñati, Arrasate, Gasteiz, etc.

Todo lo relacionado con estas pesquerías, y por supuesto con la vida comercial que se generaba en torno a la navegación, afectaba al conjunto de la sociedad vasca. Consecuentemente, el fenómeno del corso, que trataba de mantener posiciones ventajosas o defensivas en el mar, era algo de lo que el conjunto de la ciudadanía estaba pendiente. La contribución popular al corso no tuvo que esperar a que se produjeran graves acontecimientos. Antes del fenómeno de «corso total» producido a principios del 1555 ya funcionaba la financiación del corso. En Oiartzun, por ejemplo, nos encontramos con pequeñas pero significativas aportaciones de particulares, como el caso de los siete ducados y medio entregados en mayo de 1554 «para armada contra los franceses»³⁵, o el dado en la misma villa en agosto de 1554, donde leemos que se otorga una obligación para con Juanes de Ambulodi por la que se prestan quince ducados para ayuda de ir de armada contra franceses. Ambulodi cobraría ese dinero en calidad de capitán aunque no hubiera presas, y si las hubiere, se haría la correspondiente «manta» o reparto³⁶. En diciembre de 1554, probablemente en conformidad con la dinámica en que se había entrado frente a los franceses, Antón de Segura, vecino de Orio, y Domingo de Hernalde, de Deba, fletan *La María*. El dueño es Domingo de Iciar, y la intención, ir a corsear a Bretaña, para cuya expedición recibe cuarenta ducados de puro préstamo³⁷.

Especialmente comprometida con esta causa, debido a que dos de los barcos atacados en Terranova procedían de su puerto, la población de Orio se suma con especial motivación a la operación corsaria fraguada en primavera del 1555. Por ejemplo, su vecino Miguel de Ohoa financia la mitad de la armazón de *La María* para ir contra franceses, con un total de 114 ducados, haciéndose cargo de la otra mitad los donostiarra Juan de Ribas y Juan de Arana, quienes aportan a cada cuarto de armazón³⁸. Pero reciben también ayudas más modestas, como la aportación de Domingo de Adurriaga, de dieciocho ducados, para la armazón de dicha zabra, mencionando que si hay ganancias se le haga partícipe de ellas³⁹. Otro documento, de finales de abril del 1555, acredita que a la operación de Miguel de Ohoa con la anteriormente mencionada *La María* se une con su navío el capitán Antón de Segura. De este modo, acuerdan que, formando pareja, la pinaza *San Nicolás* y la zabra *La María* actúen conjuntamente «de armada contra franceses». Se dirigirán hacia Bretaña, y cuando uno de los dos decida volver, se lo hará advertir al compañero para volver juntos, procediendo al reparto de las ganancias obtenidas en la expedición conjunta⁴⁰.

La documentación de Deba refleja la participación en la financiación del corso incluso del clero, de cuya implicación conocemos al menos dos ejemplos. Quizá ello suponga un caso más que ayude a fortalecer la idea de lo hondo que había calado, incluso en los representantes de la Iglesia, la respuesta contra los vecinos de Iparralde. En un caso se trata del beneficiado de la villa Martín de Andrés, del que sabemos que vendió a un donostiarra, en enero de 1556, un navío de 35 toneladas que los armadores de Deba habían quitado, lleno de trigo, a los franceses⁴¹. El otro caso corresponden a un beneficiado de Gasteiz del que sólo conocemos su nombre, Juan, quien en sus tratos con el mercader francés Baltasar Pérez de Eraña le pretende vender treinta quintales de pimienta arrebatadas «andando en la guerra» a los franceses⁴². Es bastante habitual, en aquella época, encontrarnos con clérigos interesados en las expediciones mercantiles, y tampoco se puede descartar, dadas las circunstancias propicias para ello, que participen en programas que ayuden a causas populares, y el corso lo era.

34. AZPIAZU, J.A.: *Sociedad y vida social vasca en el siglo XVI. Mercaderes guipuzcoanos*, Donostia, 1990, T. I, pp. 353 y ss.

35. AHPG, III-2008 f. 51.

36. AHPG, III-2008 f. 110.

37. AHPO, III-1781 f. 128.

38. AHPO, III-1781 f. 176. Una mujer, Margarita de Azperro, les proporcionó sidra por valor de diez ducados.

39. AHPO, III-1781 f. 129.

40. AHPO, III-1781 f. 174.

41. AHPO, II-1893 f. 18. No resulta en nada aventurado afirmar que tal barco había llegado a su posesión como premio por su participación financiera en la campaña corsaria desarrollada durante dicho año.

42. AHPO, II-1893 f. 42. Uno de los hombres de mar que testifica en el caso es Domingo de Sorasu, conocido mercader de la villa que tuvo negocios en Flandes y Sevilla, además de pesquerías en Terranova, con el mercader oñatiarra Juanes de Yarza.

Mutriku, en teoría el puerto menos comprometido en los conflictos de la guerra con Francia por estar bastante alejado de la frontera, proporciona sin embargo abundantes datos de su activa participación corsaria en este periodo, incluso implicando en la causa a poblaciones vizcainas vecinas. Juan de Ibiri, denominado a veces «el menor» y en ocasiones «el mozo», debió encontrar en el conflicto una buena causa donde volcar su agresividad juvenil. A finales de mayo de 1558 había armado, con la colaboración de Francisco de Olabarrieta, una pinaza propiedad de Miguel de Aguirre, «para ir de armada para las partes de la costa de Francia»⁴³. En 1559 Juan de Ibiri recibe de un vecino de Lekeitio cinco piezas de artillería «para ir de armada contra franceses»⁴⁴. Pero estos favores e intercambios de materiales de guerra tenían su lógica correspondencia: ese mismo año un documento señala que él mismo había dado, hace tres años, a Hurtuño de Urabaso, vecino de Lekeitio, cinco versos singles y un verso doble «para ir de armada contra franceses», obligándose a cambio a darle un mareaje y tres cuartos por dicho servicio⁴⁵.

La preparación de una expedición de corso presenta con frecuencia las mismas características que un negocio mercantil cualquiera. El año 1557 Beltrán de Sasiola recibe en Mutriku siete ducados y medio de Sebastián de Yurre para la armazón, bajo la promesa de recibir a cambio lo correspondiente a medio mareaje⁴⁶, mientras que Domingo de Sagarçurieta presta diez ducados a Andrés de Aguirre, vecino de Mutriku, quien estaba preparando su zabra para ir «de armada» a la costa francesa, «e ende andaré coseando», se añade en el contrato. Por el préstamo se le devolverían dichos diez ducados más los derechos de un «grometaje», o sueldo correspondiente a un grumete⁴⁷.

Estas componendas y negocios se hacen con absoluta naturalidad entre los marineros de los pueblos vecinos. El año 1557 la relación entre el mutrikuarra Martín de Sarasua y el ondarrés Hurtuño de Fulla les lleva a colaborar ante el corso. Sarasua le ofrece en préstamo quince ducados para ayudar a la armazón de la zabra de Juanes de Hugarte, dispuesta a salir del canal de Ondarroa, a cambio de la promesa de un mareaje⁴⁸. El mismo Hurtuño declara ante el escribano de Mutriku haber recibido, con el mismo fin, veintidós ducados y medio, a los que correspondía como premio mareaje y medio, y en estas contraprestaciones no se tiene empacho alguno en declarar sus intenciones: «entiendo hacer viaje a las partes de la costa de Francia a cosear»⁴⁹.

7. SITUACIÓN DE GUERRA Y CORSO CONTRA FRANCIA

Corso, comercio, arreglos y desacuerdos, todo parece posible en el entramado de las guerras de tipo local o, cuando menos, localizadas en un contexto como el que hemos descrito, circunscrito sobre todo al País Vasco de ambos lados del Bidasoa. Las relaciones entre ambas partes guardaban un equilibrio inestable dentro incluso de una guerra declarada que permitía, sin embargo, acuerdos de supervivencia, ventas de materiales quitados a los propios desposeídos, o acuerdos formalizados entre alcaldes de los pueblos cercanos a la muga para suavizar los efectos de una dolorosa y costosa confrontación.

La situación de guerra se deja apreciar con todos los efectos, como lo reflejan las movilizaciones de hombres. Estos no sólo provienen de la costa, sino incluso de los pueblos más alejados de la Provincia. La aportación de material bélico procede, fundamentalmente, de poblaciones enclavadas en los valles del interior, sobre todo del Valle del Deba. Es conocido que la mayor parte de las armas ligeras, tanto de fuego como blancas, que utilizaban los ejércitos de Carlos V o Felipe II, provenían de la mencionada zona⁵⁰. Nada de extraño, por tanto, que tengamos noticias como la del 6 de abril de 1558, en que el mutrikuarra Ochoa Sebastián de Berriatua recibe cerca de dos mil arcabuces y dos mil doscientos morriones o cascos procedentes de Soraluze y Bergara, y destinados a armar las embarcaciones en tiempo de conflicto⁵¹. El problema afecta también a las flotas de Indias, como se

43. AHPO, I-2577 f. 33.

44. AHPO, I-2577 f. 10.

45. AHPO, I-2577 f. 11.

46. AHPO, I-2577 f. 13v.

47. AHPO, I-2577 f. 15v.

48. AHPO, I-2577 f. 42v.

49. AHPO, I-2577 f. 41v.

50. Tema que trato extensamente en *Picas vascas en Flandes. Historias de armas de Euskal Herria*, Donostia, 2002.

51. AHPO, I-2577 f. 23.

observa en el caso de Rodrigo Sánchez, piloto de Sevilla, quien viniendo de las Indias topa con franceses y el capitán San Juan, de Biarritz, le quita el navío⁵².

El miedo, o por lo menos la preocupación de la hacienda, pone en guardia a los marineros de ambos bandos. Lo tenía complicado Juan de Eraso, representante de ciertos armadores cuyo navío suyo cargado de pastel fue atacado. La acusación apuntaba a ciertos bilbaínos, en torno a quienes rondaba la sospecha de que actuaban en connivencia con franceses. Como se veía forzado a negociar la devolución y poder defender la causa de los damnificados en tierra enemiga, Eraso alega que existen dificultades porque «no puede personarse en Francia por causa de la guerra»⁵³. Aunque tampoco lo tenía mucho mejor un mercader de Donibane Lohizune de nombre San de Supite, quien se encontró con dificultades tras haber vendido sardina y bacalao en Mutriku. El francés se quejaba de que el Emperador le había embargado la nao, lo que le obligaba a volver a su tierra, junto con su gente, abandonando pinaza y hacienda⁵⁴.

Es obvio que estas experiencias y frustraciones propicien un escenario bélico, y que resulte lógico encontrarnos con actitudes como las del capitán Juanes de Ibiri, el mutrikuarra al que hemos observado preocupado en completar la armazón de la pinaza con que irá de armada contra franceses, a la espera del buen tiempo para zarpar⁵⁵. Así es también como nos topamos con la reacción del vecino de Deba Hortuño de Irrayabato quien, junto con otros dos armadores, se conviene a fletar una zabra para ir «de armada» contra franceses⁵⁶.

Pero no se trata sólo de escaramuzas y proyectos animosos pero de corto aliento. También nos llegan noticias de importantes armadores y capitanes, vecinos asimismo de Deba, como es el caso de Martín Ochoa de Irarrazábal, Martín García de Gorocica, Cristobal de Laril y Juan García de Echave, quienes habían fletado cinco naos y salido, un día de domingo, de armada hacia La Rochela y tomado, cerca del famoso nido de corsarios, un navío con cargamento de trigo⁵⁷. Claro que, en este caso, la fecha del 30 de septiembre de 1555 es significativa, pues se corresponde con la época en la que la flota guipuzcoana persiste en sus ataques a los de Iparralde.

Las incursiones hacia Francia eran, en general, de corta duración, con objetivos muy a corto plazo, habitualmente mediatizadas por el apremio de conseguir resultados inmediatos. Veamos lo que sucede en Mutriku con la expedición de Juan de Arechavaleta: el día tres de febrero de 1555, en plena efervescencia de la campaña de venganza, se recoge dinero para armar el *Santa María*, que iba «de armada a las partes del Reyno de Francia», y se trata del reparto de posibles presas⁵⁸. Pues bien, otro documento del 28 del mismo mes menciona como el capitán Juan de Arechavaleta, acompañado de Juan de Aguirre, Simón de Galdona, Martín de Elordi, Domingo de Jausoro, y Tomás de Villabona, fueron de armada a la costa de Francia, hicieron algunas presas, y una vez vueltos repartieron los beneficios⁵⁹. Ese mismo año volvieron a salir de Mutriku de armada «contra súbditos del Rey de Francia», entre otros, dos de los participantes en la expedición de febrero, Simón de Galdona y Martín Elordi, volviendo a conseguir algunas presas y rescates⁶⁰. En marzo de 1555 algunos corsarios de Hondarribia habían tomado, cerca de Bela Isla, un navío de 50 toneladas, el *Sancti Spiritus*, cargado de resina. Movidos más por el instinto del negocio que del espíritu del corso, lo que hacen es venderlo, en Capbreton, a los propios franceses, sin perder el tiempo en traerlo a su tierra⁶¹.

Son muchos los casos que permiten defender la hipótesis de que los episodios bélicos eran perfectamente permeables a los negocios, y que en cuanto se tomaba una presa prevalecían los intereses tendentes a sacar los pertinentes beneficios a la embarcación o a las mercaderías capturadas. Leemos, por ejemplo, que armadores de Hondarribia, en colaboración con gente de Mutriku, toman ciertas naos francesas e inmediatamente piden el reparto del botín, que se reducía a trigo, centeno, mercaderías con frecuencia más valiosas que las propias embarcaciones y sus aparejos⁶². Las presas

52. AHPO, III-367 f. 90.

53. AHPO, III-319 f. 57, 1553-55.

54. AHPO, I-2577 f. 3.

55. AHPO, I-2577 f. 33.

56. AHPO, II-1893 f. 29, 12 de enero de 1556.

57. AHPO, II-1892 f. 49.

58. AHPO, I-2577 f. 1.

59. AHPO, I-2577 f. 5.

60. AHPO, I-2577 f. 5v.

61. AHPO, III-324 f. 164.

62. AHPO, III 367 f. 7.

son, con cierta frecuencia, barcos que navegan con permiso de las autoridades para poder abastecer ciertos puertos. Caso de caer presa de algún corsario, lo más socorrido es llegar a un acuerdo de rescate, o a arreglos amistosos, como ocurre con los corsarios de Hondarribia que robaron en año 1558 un navío que traía vino con licencia de Diego de Carvajal⁶³. Ese mismo año Juanes de Urdaide, que fue con vecinos de Orio «de armada con una chalupa contra franceses», se encontró con una pinaza francesa y les quitó 206 ducados. Se nos informa que el abordaje lo realizaron sólo entre nueve o diez compañeros, lo que nos indica en qué condiciones más precarias salían de corso; pero asimismo se vislumbra que las ganancias se repartían entre menos. En el mencionado caso se dice que a cada uno de los compañeros le tocó 18 ducados y 8 reales, una cantidad nada desdeñable. Las víctimas, vecinos de Donibane Lohizune, presentaron una queja alegando que llevaban salvoconducto⁶⁴.

Las presas, o las mercaderías apresadas, se cotizaban con frecuencia con precios más altos en Francia, lo que suponía una razón añadida para colocar los frutos del corso a los propios robados. Esta práctica puede alcanzar un cariz pintoresco cuando, al no saber qué hacer con muchas de las presas tomadas a los franceses, se propone devolverlas, previo pago negociado, a sus antiguos dueños o a sus paisanos. En 1554 se documenta la propuesta de venta a los propios franceses de los barcos pequeños, tamaño que en la ocasión se delimita por debajo de las 50/60 toneladas⁶⁵. Las razones que se dan para tomar esta medida es que, tras capturarlos, se van pudriendo en los puertos y llevan camino de convertirse en inservibles. Se argumenta, con sospechoso cinismo, que la devolución de los barcos no suponía ningún peligro bélico debido a su escasa capacidad, cuando es sabido que muchas de las unidades utilizadas por los propios corsarios no alcanzaban estas medidas.

Está claro que los organizadores, armadores y capitanes no eran un dechado de ética, pero el conjunto de los marineros distaba mucho de ser trigo limpio. Estaban sin duda contaminados por las malas artes adquiridas en la dura vida de marineros, actitud más comprensible debido a las circunstancias de inseguridad y poco apego a la vida de muchos de ellos. Un caso que se dio el año 1558 ilustra el ambiente que se podía percibir entre el personal, que lo mismo se comportaba heroicamente en la campaña corsaria que se dejaba arrastrar al vicio del juego, las trampas, e incluso el robo a sus propios compañeros⁶⁶. Andrés de Aguirre se querelló contra Sebastián de Yurre, al que se acusaba de que en tiempo de guerra descerrojó una caja del fondo común y robó treinta escudos. Se acusaba a Sebastián de haber contraído deudas en el juego y, curiosa interpretación de la justicia, acusaban al ladrón ante las autoridades francesas.

Se trataba de un mundo en el que se vivía el momento, sin saber qué podría ocurrir al día siguiente; un escenario propicio a la trampa y el engaño, a pesar de las duras normas que regían en el corso. Nadie se escandalizaría, en aquella sociedad, del modo de conducirse de algunos armadores, dispuestos a engañar a la pobre marinería, que disponía de muy pocas alternativas. Éste es el panorama que se refleja a tenor de la actitud de un capitán que decide embarcarse en una empresa sin contar con los medios suficientes, en la ilusoria confianza de que la suerte la ayudaría a sacar adelante el proyecto. En verano de 1554 el capitán Pablo de Aramburu organiza una salida de corso a la espera de encontrar presas en breve y poder así adelantar la vuelta. Como dispone de pocas vituallas, engaña a la marinería llevando mucho menos de lo prometido para el tiempo previsto para la campaña. La denuncia se basa en que, habiendo salido hace ochenta días de armada a Galicia «contra nuestros enemigos franceses», el capitán había prometido a los 35 compañeros que llevaría vituallas para seis meses, pero antes de los cincuenta días empezaron a faltar, lo que acarreó la consabida serie de miserias y roces internos en la tripulación. Juanes de Sarasa y Esteban de Sant Esteban, vecinos de Oyarzun, y Miguel de Francia y Domingo Alzate, vecinos de Irún Uranzu, denuncian que

«puede haber ochenta días ... nosotros con otros muchos compañeros partimos de armada contra los franceses nuestros enemigos en la nao de Juan de Ygarça, maestre... con treinta y cinco compañeros marineros y soldados... que hicimos gente por encargo y mandato de Pablo de Aramburu capitán, y todo el dicho tiempo hemos andado en la dicha armada en toda la costa de Galicia y Portugal y otras muchas partes, donde el dicho capitán antes que hiciéramos la dicha gente (se refiere al reclutamiento) nos prometió y ofreció que tenía hecha y llevaba en la nao vitualla de pan e carne e vino e sidra de seis meses e más tiempo, lo que no tenía hecho ni tenía en la dicha nao... que faltó antes de cincuenta días que partimos (las carencias se hicieron presentes antes de los dos meses) nos pusimos a pan partido por falta de la dicha vitualla, e dende después... el dicho maestro vendió parte de la artillería que llevaba en la

63. AHPO, III-325 f. 16.

64. AHPO, III-1788 f. 106.

65. AHPO, III-335 f. 159.

66. Ar. Ch. V., Pl. Civ., Valera (Olv.), 672-11.

nao (al objeto de comprar comida), y pasaban con un biscocho y medio de cada día cada hombre... y el dicho capitán Pablo de Aramburu capitán, sin culpa que tuviésemos ninguna nos hizo prender, y después aquí estamos presos en la cárcel pública, y no contento con ello..., nos han herido y descalabrado el dicho Pablo capitán y otros... un compañero nuestro que se llama Esteban de Ribera, dentro en lo sagrado de Nuestra Señora desta villa con dos cuchilladas» se encontraba en peligro de muerte»⁶⁷.

8. EL CORSO A TERRANOVA

Terranova fue la razón y el origen del duro posicionamiento en corso de la marinería guipuzcoana. Las pesquerías transatlánticas eran muy golosas, y las querían preservar a pesar de las disputas entre los reinos de Castilla y Francia. Los ataques recibidos el verano de 1554, aprovechando la debilidad de la flota de Hegoalde que, tardíamente, se acercó a Terranova, fueron interpretados como un ataque a traición motivado por la obligada concurrencia a la armada en que pasó el Príncipe Felipe a Inglaterra. Este oportunismo fue mal aceptado por los guipuzcoanos, lo que motivó el ataque tanto en la propia Terranova como, tal como se ha visto anteriormente, en las bases logísticas francesas.

El Informe habla muy gráficamente de los grandes daños que infligieron a los balleneros de Iparralde, a los que atacaron por mar y por tierra, respondiendo con la misma moneda y métodos de que habían sido víctimas el último verano. Esta respuesta de los balleneros guipuzcoanos queda también reflejada en la documentación notarial y judicial. Da la impresión de que los contratos corsarios que se formalizaron en estas circunstancias contaron con escribanos específicos que se movían por distintos puertos al objeto de establecer las condiciones de las expediciones. Éste parece ser el caso de Domingo de Ohoa,

«escribano de Su Majestad», quien nos ofrece una versión que se ajusta mucho a la ofrecida por la Encuesta. Ante dicho escribano, con fecha ocho de octubre de 1554, en Orio, «se presentan Juan de Echave y otros compañeros, diciendo que habían asegurado en Bilbao el navío Bárbara... para la armazón y pesca de ballenas, que estaba en Pasaje para ir a Terranova, y había ido junto con otros navíos, desde Pasaje, al puerto de Los Hornos, donde habían tomaso su asiento para la dicha pesca, y el 25 de julio... 13 naos francesas les atacaron... por mar y por tierra... por fuerza de armas, peleando una noche y un día, mataron a uno de Pasaje y a otros hirieron, despojándoles de sus vestidos... los barcos eran de san Juan de Luz, Capbretón y Bearriz... y los tuvieron más de un mes sin quererlos dar pasaje. Se habla incluso, aunque un trazado superpuesto intenta anular la expresión, de que les obligaron a que, tras utilizar el barco en que volvieron, lo devolvieran en San Juan de Luz»⁶⁸.

Otro documento de Orio, escriturado el nueve de octubre de 1554 ante el mismo escribano acredita una temprana versión de lo que se convertirá, a través de los testimonios de los principales capitanes, en el acervo común de los hechos fundamentales ocurridos en Terranova. Se habla de que se había asegurado en Bilbao la embarcación *La María*, la cual, «habiendo ido en compañía de otros tres barcos», fue atacada por los trece barcos, «y les atacaron en el puerto de Butus... con dos naos de Orio y dos de pasajes... y tomaron puerto en Gran Baya, en un puerto que se nombra Los Hornos», y que para la vuelta les entregaron *La María*, «ganada en buena guerra», en la que embarcaron 180 hombres tras hacerles guerra «a fuego y sangre»⁶⁹.

Otro de los testimonios recogidos por la documentación notarial refleja la belicosidad de la acometida guipuzcoana y la voluntad de seguir sacando provecho de las pesquerías incluso en tiempo de guerra. Veamos la trayectoria del galeón *San Nicolás*, afletado por Juan de Aguirre en 1555 en Orio para ir a Terranova a por ballenas⁷⁰, y que lleva por capitán a Juan de Urdaide, también de Orio⁷¹. El siguiente año, 1556, el mismo Juan de Aguirre, junto con el maestre Cristóbal Arganduru, fletan de nuevo el *San Nicolás*, de 300 toneladas, para Terranova. Resulta llamativa una peculiar participación en la armazón del galeón, la de Francisco Pérez de Idiacaiz, señor de la casa de Achega, quien invirtió en la empresa 130 ducados⁷². Asimismo resulta sorprendente la participación de Antón de Arrazubía, quien aporta a la armazón una cantidad sustancial, pues a cambio se le prometen 31

67. AHPO, III-2008 f. 44.

68. AHPO, III-1781 f. 116.

69. AHPO, III-1781 f. 119.

70. AHPO, I-2577 f. 31.

71. AHPO, III-1781 f. 182v.

72. AHPO, III-1782 f. 95.

barricas⁷³. La participación más popular y humilde viene representada por los cuatro ducados que, a cambio de la promesa de una barrica de grasa, aporta Magdalena de Ohoa⁷⁴. El maestre Arganduru, con participación en el *San Nicolás*, se toma el cuidado de artillar y proveer de armas, así como, aunque parezca sorprendente, de pasar por Francia en busca de vituallas⁷⁵, además de asegurarlo convenientemente. De hecho, el año 1557 tenemos noticias de que Arganduru debía, en concepto de seguros, sesenta ducados al cordelero Domingo de Leizamendi, y a Bastián de Feno, vecino de Bilbao, 160 ducados por veinte barricas (a ocho ducados cada barrica) de grasa de Terranova⁷⁶. Quizá las deudas se generaran por el embargo sufrido por el galeón por orden del Rey.

La guerra no frenaba las expediciones a Terranova, pero se invertía más de lo habitual en prevención de eventualidades o, sencillamente, se iba en curso, mediando entre ambos estilos sutiles diferencias. Las circunstancias de cada viaje marcaban las respuestas adecuadas, dependiendo de si la pesca se desarrollaba o no felizmente. El afán de guardar la seguridad de los expedicionarios se hace presente en los datos de la preparación de las salidas, como se observa en 1559, cuando el piloto Juan Pérez de Arriola tiene preparado el galeón *La Concepción* para ir a Terranova. El dueño del navío es Martín Arano de Honsain, vecino de Zarautz, y uno de los interesados el mercader eibarrés Martín López de Isasi⁷⁷. Cuando se prepara la expedición no hay seguridad sobre el desarrollo de la guerra con Francia. Dependiendo de si la salida corresponde con período de paz o no, se viajará de diferente forma. A la hora de formalizar el documento, se estaba en guerra, por lo que «al presente en Pasaje a tomar compañía de otros navíos», pero si no hubiere guerra, «partirá el dicho galeón Dios queriendo de la concha de la villa de Motriko o Guetaria», por no necesitar de la seguridad del convoy.

Transcurridos varios años tras el período bélico, las demandas en torno a las expediciones de corso a Terranova siguen aflorando. Es lo que ocurre el año 1563, casi una década después de los bélicos acontecimientos antes descritos, con la nao *La María*, la principal protagonista de los sucesos del verano de 1554. Se trataba de una embarcación de 200 toneladas, en cuya armazón habían invertido dinero los donostiarros Francisco de Mutiloa, Pedro de Galarraga, Sebastián de Sansust y Gracián del Pasaje⁷⁸. Mutiloa y sus consortes habían puesto en la expedición más de 1000 ducados, y denunciaban la recurrente historia de que, habiendo ido Domingo de Segura en calidad de capitán y maestre, había vuelto con la pretensión de ser el dueño de la nao asegurando que, tras haber caído, junto con las otras tres que componían la exigua expedición, en manos del corso francés el verano de 1554, los franceses le habían dado dicha nao para que en ella trajera de vuelta, al objeto de evitar posibles motines, a la mayor los pescadores⁷⁹. Los demandantes exigían la devolución, por lo menos, de la nao y de lo invertido en la fracasada expedición.

9. GIPUZKOA, EN PIE DE GUERRA

Sustancialmente, el corso está sustancialmente, vinculado, obviamente, a la vida marítima. Pero también lo está el tráfico marítimo, y éste en absoluto resulta ajeno al conjunto de la vida y economía vascas. Euskal Herria vive en aquella época abocada al mar, y las zonas del interior tienen puestas sus miras en la buena marcha del tráfico de la flota, de las relaciones con Europa y Andalucía, y de las pesquerías de Terranova. Si a esto añadimos que la conflictiva década 1550-1560 afecta especialmente a la zona fronteriza, no resulta superfluo defender que Gipuzkoa, particularmente, se viera afectada en su pequeñez y totalidad por la confrontación. Los pueblos del interior, incluso los más alejados del mar, sintieron el aguijón de la guerra y se vieron afectados por la tensión que se vivía, sobre todo, en las poblaciones costeras.

Tradicionalmente, las relaciones con Lapurdi, tanto por mar como por tierra, habían constituido una de las columnas en las que se asentaba la economía guipuzcoana. La guerra afectó a estas buenas relaciones, aplicando equivocadamente el nuevo concepto de frontera, que convirtió el área de encuentro en campo excluyente y conflictivo.

73. AHPO, III-1782 f. 116.

74. AHPO, III-1782 f. 96.

75. AHPO, III-1783 f. 8.

76. AHPO, III-1783 f. 180.

77. AHPO, I-2577 f. 1.

78. AHPO, III-1786 f. 83.

79. No está claro en qué condiciones se hizo dicha «donación», puesto que en una nota recogida de un testigo se habla de que exigieron a Segura que, a la vuelta, devolviera la embarcación al puerto de Donibane Lohizune.

Las Actas Provinciales se convierten en un observatorio privilegiado del desgarramiento provocado entre lo que podemos denominar «Razón de Estado» y los intereses de los guipuzcoanos. Las autoridades locales, bajo el control del Corregidor, representante real, y del Capitán General que dirige la estrategia de la defensa fronteriza, no saben a qué carta jugar y nadan a dos aguas, tratando de equilibrar las órdenes reales con las medidas oportunas para salvaguardar las líneas de una supervivencia apoyada en el trato con el «enemigo oficial».

La reunión celebrada en Azkoitia en octubre de 1551 es fiel reflejo de la tensión que se observa en los distintos planteamientos que enfrentan a las dos partes:

«En lo que toca a los convenios que está propuesto convenía hazerse entre esta Provincia e los de la tierra de Labort... le parecía que se debía tener la misma horden que se tuvo en los convenios pasados... se devían disputar personas para que con liçençia del Señor Don Diego de Carvajal, Capitán General d'esta Provincia, e del señor Corregidor... (quien) dixo que asta ahora no era tiempo para entender en los dichos convenios, pero que el señor Don Diego de Carvajal e Su Merçed daría liçençia a todos los franceses que quisieran traer trigos a esta Provincia para mantenimiento d'ella... vista la neçesidad que padeçian... que se procurase de haber la dicha liçençia del Príncipe nuestro señor. E para ello mandaron que se escribiese al dicho Domingo de Valerdi para que fuese a la solicitar e negoçiar a la villa de Madrid...»⁸⁰.

¿Cómo se combinaban estos permisos para traer bastimentos con una declaración claramente beligerante? ¿Eran fiables las buenas intenciones de garantizar la seguridad de los franceses que venían con trigo o vino? La respuesta la encontramos en la situación que se describe pocas semanas después, en la reunión de noviembre del mismo año celebrada en Hernani: «Este día se leyó una carta de los diputados de Labort por la qual escriven a la dicha Junta cómo en Castro Urdiales e otras partes d'esta costa de la mar había muchos marineros que estaban presos franceses y cómo asy bien en Françia había muchos marineros que estaban presos de una e otra parte se soltasen los unos por los otros e para adelante se diesen horden como las personas no fueren presos ni detenidos aunque las haciendas se tomasen como en las guerras pasadas se había fecho...»⁸¹.

Las medidas de control afectan a puntos claves de las relaciones comerciales habituales como el paso de Behobia, puente comercial por excelencia en las relaciones transfronterizas.

«Este día trujo a la dicha Junta Domingo de Amilibia la respuesta que Don Diego de Carvajal, Capitán general de la Provincia, dio a las Provisiones, cédula e sobrecarta que esta Provincia tiene e su huso y exerciçio y el poder de la gavarra en tiempo de guerra... mandó que el alcalde de sacas, con la gavarra de ella (Provincia) resida en el paso de Beobia e tierra de Irún y huse e exercite el dicho ofiçio de alcaldía de sacas durante la guerra... e dixo a la dicha Junta que el dicho Don Diego de Carvajal le había dicho de palabra que Su Señoría proveya en los correos que de portugueses fuesen e pasasen en Françia e pasasen por el paso de Beobia en la gavarra de la Provincia... con salvamento...»⁸².

En primavera de 1552 el escenario bélico muestra los frutos del conflicto y, cómo no, las argucias del corso, reticente a declarar todas las piezas capturadas:

«Este día, platycado en la dicha Junta sobre las presas que los armadores d'esta Provincia trayan a ella y los daños e ynconvenientes que podían nasçer e subçeder en la toma que yziesen en naos españolas, ynglesas o portuguesas deziendo averlas quitado a los franceses llebándolas tomadas y en su poder, que mandaron que de allí en adelante todas las vezes que algunos armadores de la dicha Provincia tomen o truxieren algunas presas que sean de españoles o yngleses o portugueses... los manifiesten ante la justicia...»⁸³.

También entran en juego y negociaciones los presos de ambos bandos, según leemos que se exigen cuentas «sobre los gastos que se habían echo en Bilbao y en la Quatro Villas de la costa de la mar en traer los franceses qu'estaban presos e detenidos para hazer el trueco con los nuestros, y como por la parte de Françia estaban muchos más presos del Condado y Señorío de Bizcaya y Quatro Villas que no de esta Provincia...», mientras que Getaria denuncia convenios particulares entre algunas poblaciones y los franceses, explicando que «teniendo seguridad d'ellos, los dichos franceses azen e arán mucho daño en las otras villas e puertos», mientras que Deba exige que se guarden las órdenes de Su Alteza, y se quejan de que «la gente de la dicha villa de Deba y su jurisdicçion andaba por la mar e no podían hazer daño a los de la tierra de Labort y ellos cada día los podían heno-

80. *JJ Y DD, op.cit.*, p. 168.

81. *Ibidem*, p. 190.

82. *Ibidem*, p. 206.

83. *Ibidem*, p. 265, Junta celebrada en Elgoibar a principios de mayo.

jar». El Corregidor interviene en este cruce de acusaciones y amenaza a las poblaciones condescendientes con los vecinos de Lapurdi: «se entiende que es su servicio que se haga guerra e todo daño a los franceses como a henemigos, e no se puede hazer otra cosa mientras diere a ello lugar permiso Su Alteza, (y que si...) a sus henemigos acogen en sus puertos e abra e playas e no les hazen guerra... proçedería contra ellos»⁸⁴.

Obviamente, los guipuzcoanos no esperaron a la Encuesta ordenada por el Monarca para exhibir sus méritos de guerra, sobre todo de la gran acometida del invierno a inicios del 1555. En la junta que se celebra en Azpeitia a principios de mayo del mencionado año leemos la siguiente declaración:

«Dezimos que por quanto los hijosdalgo de la dicha Provincia después que esta última guerra se comenzó contra el Rey de Francia e sus vasallos e súbditos enemigos de Su Magestad an fecho muy grandes e notables servicios a Su Magestad e a la Corona Real de Castilla armando por mar a sus propias costas y despensas muchas naos gruesas e galeones e zabras e otras fustas e yendo con ellas de armada recorriendo toda la costa de Francia, Picardía, Normandía, Bretaña e Guaiana e toda la costa de Galizia e todo lo que es del mar océano desd'el cabo de Finisterras hasta Ynglaterra buscando a los enemigos de Su Magestad que andaban de armada contra sus súbditos, como a los que yban en flotas y de marchante, e tomando e haziendo muchas presas y calando muchas canales e braços de mar y saltando en tierra en el dicho Reyno»⁸⁵.

Al margen del conocido relato de la gran armada de castigo que se organizó a partir de finales del 1554, las escrituras notariales, básicamente contractuales, se hacen eco de esta reacción en la que participan también los menos poderosos, los anónimos o desconocidos ribereños que contribuyen a la causa con sus chalupas, su gente y su dinero. Así vemos que Juan de Ariçabaleta, vecino de Mutriku, debe recurrir a recabar ayuda de vecinos para la armazón de su zabra *Santa María*, preparada para ir de armada a Francia el tres de febrero de 1555. Las ayudas, como la que se especifica en el documento, de dieciséis ducados, son modestas pero la acumulación de apoyos populares contribuye positivamente a posibilitar la lucha⁸⁶. El último día del mismo mes ciertos vecinos de Mutriku confiesan haber regresado de su armada contra los franceses con algunas presas. Se trata de Juan Aguirre, Simón de Galdona, Martín de Helordi y Tomás de Villabona⁸⁷.

Las salidas solían ser, habitualmente, de corta duración, operaciones rápidas, para volver pronto a puerto. Naturalmente, se trataba de una guerra dotada, asimismo, con tintes religiosos, sobre todo a raíz de que los «perros luteranos», como llamaban a los vecinos cuando los querían insultar, se volvían enemigos por partida doble. Este carácter hacía que los domingos fuesen también hábiles para la causa, como observamos en lo que ocurrió el invierno del 1555, tal como se desprende de la declaración de «Martín Ochoa de Irarrazabal, Martín García de Gorocica, Cristóbal Lario y Joan García Echave, capitanes armadores vecinos de la villa (Deba), dijeron que Miguel de Ohoa, vecino de Orio, el mes de marzo pasado (1555), un día de domingo con cinco zabras que llevaban de armada tomaron cerca de La Rochela en la costa de Francia una nao francesa cargada de trigo»⁸⁸.

La crisis y situación de guerra se detecta, sobre todo, en las llamadas a filas no sólo de la población marinera, sino del conjunto de la sociedad guipuzcoana. Un rico documento de Aia ofrece datos muy reveladores del ambiente bélico y de la respuesta de la gente de la Provincia. En referencia a 1558 se habla de la entrada de los guipuzcoanos a Francia y de la quema de Donibane Lohizune durante la segunda levantara de gente, de la defensa del paso de Behobia, bajo la bandera de Donostia, y resulta curioso el dato de los tipos de armas que portaban los improvisados guerreros, pues se detecta una absoluta mayoría de ballesteros. En referencia a la defensa de Behobia, se hace relación de la presencia de 126 ballesteros, por veinte piqueros, diez arcabuceros, cinco alabarderos, cinco más armados de lanza y rodela (escudo), dos con lanza y caballo, y un capitán con lanza y caballo. Cuando se hace el recuento de los hombres proporcionados por Aia se cuentan un capitán, un piquero, tres arcabuceros y 24 ballesteros, un número proporcionalmente muy crecido para esta población⁸⁹.

El estado de guerra, como se ha dicho, no sólo afectaba a las poblaciones de la costa, sino que se había extendido a los rincones más «rurales» (Aia, a pesar de la cercanía del mar, no dejaba de ser una población rural) y a las poblaciones más alejadas. Particularmente ilustrativo se nos ofrece el caso de Oñati, doblemente significativo debido a su condición de villa jurídicamente no integra-

84. *Ibidem*, pp. 280-8.

85. *JJ. y DD.* 1554-57, T. II, p. 173. p. 173.

86. AHPO, I-2577, fº 1. Sólo en caso de conseguir presas se pedirá la correspondiente recompense.

87. AHPO, I-2577, fº 5v.

88. AHPO, II-1892, fº 49 (Declaración realizada el treinta de septiembre de 1555).

89. AHPO, II-1221 f. 70 y ss.

da en Gipuzkoa. En las actas de su archivo municipal se aprecian claros ecos de la guerra: «que se llame que todos estén a punto de guerra para quando Su Magestad les enviare a llamar... Manden que todos estén adreçados con sus armas porque la bandera está trayda y de manera que a ocho días se hará reseña... Que las personas que no han traído los coseletes los traygan luego, a todo lo qual mandaron llamar mañana a la yglesia»⁹⁰. El caso de una población a media distancia entre ambas, Azpeitia, nos permite apreciar los efectos negativos que una situación como la descrita ejercía sobre aspectos concretos y básicos de la economía. El año 1559 se formula una queja muy pertinente, tenida cuenta del peso específico que en la villa tenía la industria ferrona, de que la ferrería de Esurola no había podido funcionar debido a que no encontraba arrendadores por causa de las últimas guerras⁹¹.

El acontecimiento bélico influía incluso en la resolución de los pleitos, utilizándose el servicio de armas como mérito para aliviar las penas. El año 1559 nos encontramos con un caso que presenta evidentes visos de una amnistía. Se trata de una pelea que se dio lugar en la villa de Segura en la que participó, junto con otros tres compañeros, Lope de Sufiria, vecino de Lazkano, quien mató a un tal Juan Lasa, vecino de Azpeitia. La muerte se debió a una riña que se dirimió con espadas, tras lo que Sufiria se refugió en la iglesia de San Vicente. La justicia, sin tener en cuenta que estaba acogido en sagrado, lo sacó de ella y lo metió en la cárcel, donde permaneció a lo largo de 17 semanas. La madre y los hermanos del difunto le perdonaron, la justicia le devolvió a la iglesia de San Vicente, suplicando perdón para el reo en atención «a que nos ha servido en estas partes de soldado en las dos jornadas que habemos hecho en Francia estos dos años pasados»⁹².

La guerra, los méritos de los que en ella participan, la movilización de las poblaciones del interior, todo se viene a sumar a las grandes hazañas que han llamado la atención de algunos historiadores. Estos, por otra parte, han otorgado poca atención al sufrimiento del pueblo llano, al efecto negativo sobre la economía, en suma, a una guerra que enfrentaba a hermanos por razones de estados que buscaban ampliar sus límites de poder a costa de interferir en una dinámica europea, podemos decir mundial, ya de por sí en precario equilibrio, a la que los monarcas no prestaban la debida atención.

10. EL COMERCIO PROSIGUE

Como se ha podido observar, debido a la coexistencia entre corso y comercio el ambiente propiciaba todo tipo de situaciones irregulares, comprensibles en épocas de conflicto. Cuando éste se alargaba demasiado, las fronteras entre el corso y el comercio, ya de por sí imprecisas, se volvían más difusas. Ciertamente, si la guerra duraba varios años, las comunidades directamente afectadas se resentían en exceso, pendientes como vivían, para su supervivencia, como en el caso vasco, del intercambio comercial. El riesgo de navegar, al objeto de restablecer el trato con los vecinos, era asumido con sensación de fatalidad, incluso con cierta normalidad. Juan Pérez de Arriola, piloto vecino de Deba, fletó una nao de 400 toneladas con mercaderías de astas, flejes, y otros productos férricos, siendo maestre de la nao Andrés de Alzola, conocido mercader elgoibarrés, y en el trayecto entre Pasajes y Sevilla, se encontró con «corsarios franceses que andaban de corso por la costa guipuzcoana»⁹³.

Cuando la situación se tranquilizó, la reflexión en torno a ciertos acontecimientos ocurridos durante la guerra llevó a poner en duda la oportunidad o razón de algunas de las actuaciones ocurridas durante el conflicto. El testamento del año 1560 de Martín de Porcheta, vecino de Orio, permite vislumbrar atisbos de arrepentimiento sobre lo sucedido con ciertos bienes de algunos vecinos de Donibane Lohizune, en razón de «çierta entrada de armada que hicimos con una chalupa en tiempo de guerra»⁹⁴.

La guerra no sólo afectaba a las relaciones con Francia, sino que tenía su incidencia en otros compromisos. Con Terranova como telón de fondo de la polémica, la caza de la ballena a lo ancho del Cantábrico seguía siendo una alternativa válida para muchos empresarios con menos medios. El caso es que la caótica situación del año 1555 afectó también a las pesquerías en Galicia, a donde habi-

90. Archivo Municipal de Oñati, Z-2, 1, LIBRO DE ACTAS, fº 84v.

91. AHPO, II-103, f. 231, año 1559. Se menciona también el detalle de que las contribuciones municipales se había visto afectadas debido a tener que haber financiado dichas guerras.

92. AHPO, II-103, f. 559.

93. AHPO, I-1895 f. 15, año 1552.

94. AHPO, II-1785 f. 107.

tualmente solían acudir los meses de invierno. Dos quejas provenientes de La Coruña acusan a quienes se habían comprometido a las pesquerías y no cumplieron su palabra⁹⁵, a lo que se añade un nuevo requerimiento concreto por no haber acudido a los puertos de Malpica y Cayón⁹⁶. Está claro que los gallegos suspiraban por la presencia de los balleneros vascos, que les proporcionaba ocasión para sacar unas rentas interesantes, además de dar vida a ciertos puertos de su entorno en la época invernal. Así, nos encontramos con que, al poco de normalizarse la situación, vuelven a acudir a la llamada de Galicia. Juan Martínez de Alos va desde Orio a Tapia, a la cacería de ballenas, el invierno del año 1563⁹⁷.

Por lo demás, las relaciones comerciales, con o sin salvoconducto, proseguían a pesar de la guerra, afrontando los riesgos que sus andanzas por el mar les podían deparar. Los mercaderes se las arreglaban para evitar o prevenir los ataques. El mercader francés Pierres de Sarrajín vino a Donostia con *La Morixeta*, y vendió vinos de Burdeos por valor de 540 ducados. Consciente de los peligros de llevar el dinero por mar, Sarrajín solicita «enviar por tierra a su tierra» el dinero obtenido en dicha venta. Es muy probable que sus transacciones comerciales estuvieran vigiladas por los corsarios o sus confidentes, y se pretendía evitar, dadas las circunstancias, cualquier tentación que pretendiera apropiarse del producto de la venta⁹⁸. Por lo visto, no se trataba de una precaución supérflua: de hecho, el mismo año de 1555 Martieco de Murgui, vecino de Donibane Lohizune, que vino con una pinaza de trigo a Getaria con otros tres compañeros, manifiesta su temor a salir del puerto para volver a su tierra⁹⁹. La razón era que tenía a su vista dos pinazas de Laredo que podían acosarle, a pesar de contar con el permiso de Su Alteza para comerciar. Asimismo, el año 1558 varios franceses presentes en Hondarribia solicitan permiso para pasar el dinero por Behobia, en vez de aventurarse a llevarlo consigo y arriesgarse a un atraco¹⁰⁰.

Fuese época de guerra o de paz, intereses inaplazables impulsaban a obtener suministros necesarios para la supervivencia. A veces los alimentos o la bebida se conseguían mediante permisos explícitos, y otras veces sin ellos. Varios casos ocurridos el año 1556 certifican este inestable equilibrio, como lo demuestra el caso de la venta, en Donostia, de 32 toneles de vino por 364 ducados¹⁰¹, o los cien toneles de centeno que un vecino de Donibane Lohizune trajo a Bermeo por cuenta del mercader bilbaíno Francisco de Otaola¹⁰², o los seis toneles de haba que vendió por menudo, en el muelle de Donostia, un vecino de Capbretón, quien de vuelta manifestó los 800 reales obtenidos en la venta¹⁰³.

A lo largo de ese mismo año, observamos también las intervenciones de autoridades que toman parte en la introducción de mercaderías de interés para la comunidad. El alcalde de Mutriku, el bachiller Juan Ochoa de Berriatua, da permiso al francés Juan Lobrón para vender treinta carros de brea, para consumo de la Provincia, por 2.400 reales¹⁰⁴, y a este mismo puerto llega Vicent Xalon con un navío lleno de trigo, tras cuya venta solicita permiso para volver con el dinero obtenido¹⁰⁵.

Los deseos de ambas partes integrantes del conflicto de normalizar la vida económica se perciben en detalles como la visita que hace a Orio, el año 1559, Juanesto de Chibao, vecino de Donibane Lohizune, quien vino a tratar con el maestre lombardero Domingo de Urreizti, para que éste le hiciera cien quintales de anclas, suministrándole al efecto el hierro el ferrón de Arraçubía¹⁰⁶; o en la recuperación de la relación con el mercado interior, como ocurre con Sanbat de Vidarte, vecino de Vidarte, quien vendió pescado mielga de Biarritz en Mutriku por valor de veintidos ducados, cuyo precio pretende se le pague con «carga y media de azero triado de lo más fino que hay en la villa de Mondragón»¹⁰⁷. El tradicional comercio fronterizo llevado a cabo por mujeres de ambas orillas también intenta abrirse paso en pleno período bélico, como se observa en el cambio de mercaderías por valor de catorce ducados entre Pascuala de Oyanguren, vecina de Hondarribia, y Benetrix de Mollerres, de Hendaya¹⁰⁸.

95. AHPO, III-1781 f. 230.

96. AHPO, III-1781 f. 231.

97. AHPO, III-1786 f. 167.

98. AHPO, III-321 f. 10.

99. AHPO, III-321 f. 11.

100. AHPO, III-342 f. 82.

101. AHPO, III-319 f. 27.

102. AHPO, III-319 f. 38.

103. AHPO, III-322 f. 24.

104. AHPO, I-2577 f. 12v.

105. AHPO, I-2577 f. 3. Llama la atención que en un período de conflicto se negocie, entre teóricos enemigos, con materiales de los que el destinatario, teniendo en cuenta sus actividades tradicionales, debería disponer.

106. AHPO, III-1784 f. 25.

107. AHPO, I-2577 f. 4.

108. AHPO, III-322 f. 9, 15 de abril de 1556.

Las autoridades tuvieron que intervenir para tratar de solucionar los problemas más perentorios de abastecimiento. Un documento de 1556 recuerda que, tres años antes, en plena guerra con Francia, el Capitán General ordenó un servicio para obtener trigo, operación en la que intervinieron cinco chalupas, de las que dos eran francesas¹⁰⁹. Esta insólita participación era sin embargo tan común que las autoridades provinciales tuvieron que vigilar que no se dieran situaciones que acarrearán peligro, porque en realidad se jugaba con fuego. En las actas de la Junta de Getaria, en noviembre de 1553, se lee: «porque los nabíos (franceses) que truxieron e benieron con mantenimientos... eçeden de las toneladas contenidas en el dicho permiso... que no incurrn por ello en pena alguna no trayendo los françeses... armas ni más gente de lo que para la navegación requiere... permiso a amarrar y atar los dichos sus nabíos e naos, porque pasen de un nabío a otro no yncurran por ello en pena...»¹¹⁰. Pero también los marineros franceses corrían peligro al acceder a intercambiar mercaderías en los puertos de Hegoalde. Las autoridades pretendían poner remedio a los abusos cometidos por quienes más deberían guardar las normas: «por la costa d'esta Probinçia andaban algunos soldados prendiendo a los françeses que benían con probysiones e mantenimientos, en virtud del permiso de Su Alteza, deziendo (con la excusa de) que saltaban en tierra e buscádoles otros achaques, e después que así los prendían los coechaban e les quitaban dineros e les soltaban»¹¹¹.

También las autoridades locales, sobre todo las fronterizas o con guarnición, necesitaban jugar la baza de recurrir a los bastimentos de los enemigos. El 28 de agosto de 1556 Esteban de Araiztegui, alcalde de Donostia, dispone traer 700 fanegas de trigo¹¹², aunque siempre asoman los favoritismos a la hora de establecer los permisos, lo que provocaba la reacción de los menos beneficiados. En la junta de Rentería de abril de 1553 leemos lo siguiente: «Y en lo que toca a los mantenimientos y otras cosas qu'están permitidas traer de Françia a San Sebastián y Deba se puedan traer asy mesmo a todos los puertos de Guipuzcoa... que se guardase lo probeydo»¹¹³. El alcalde de Hondarribia provee también a la compra de trigo y haba procedentes de Francia en agosto de 1556¹¹⁴.

Si los mantenimientos siguen llegando, aunque con desigual regularidad, también los negocios sorteán las dificultades de la guerra. El uno de mayo de 1556 nos encontramos con que se emplean 3.300 reales de armazón para ir a Terranova para el barco *San Nicolás*, de Orio, cuyo propietario era Juan de Urdaide¹¹⁵, y también siguen las exportaciones de sacas de lana. En julio de 1556 nos encontramos en Deba con que el maestre francés Pierres Gacoyn, vecino de Abra de Graá, Normandía, está cargando en su galeón *La Catalina* 232 sacas de lana procedentes de Burgos, y asimismo carga 35 sacas más en nombre de Juan de Matanzas, al que se vincula con Brujas¹¹⁶. Ese mismo año observamos que en la propia Deba se hacen los preceptivos pregones que anunciaban la carga de sacas de lana, actuando en este caso como factor Juan Díaz de Aguirre¹¹⁷. Otro documento abunda en esta cargazón que se realiza en la ría de Deba, con Díaz de Aguirre de factor, con la supervisión del alcalde Domingo de Corostola, de tres galeones de Cristóbal de Lario, y cuyas sacas tenían a Flandes por destino¹¹⁸.

11. TAMBIÉN LA VIDA PROSIGUE SU ANDADURA

Un período bélico prolongado le resulta difícilmente soportable a una población afectada. La década que duró la confrontación con Francia de ningún modo cabe asimilarse a un continuo campo de batalla, sino que admite respiros y se intercalan parones. La gente se ve precisada a cuidar sus medios de supervivencia. De hecho, se viven actuaciones que obligan a dejar al margen los conflictos mayores para dedicarse a los problemas menores, los que jalonan la vida cotidiana en condiciones normales. Así, las autoridades se ven precisadas a tomar medidas ante irregularidades más cotidianas y vulgares que las requeridas por los servicios de la milicia y la guerra. Observamos como

109. AHPO, II-1893 f. 52.

110. *JJ y DD, op.cit.*, p. 518.

111. *Ibidem*, Junta de Deba, p. 329.

112. AHPO, III-322, f. 19.

113. *JJ y DD, op.cit.*, p. 422.

114. AHPG, III-322, f. 27.

115. AHPO, III-1782, f. 31.

116. AHPO, II-1893 f. 148.

117. AHPO, II-1893 f. 114v y 115.

118. AHPO, II-1893 f. 119, julio de 1556.

el alcalde de Mutriku, en septiembre de 1555, debe intervenir para buscar solución a los vecinos que viven amancebados o «casados por dobladas veces», circunstancia de la que se ofrecen ejemplos concretos, con nombres y apellidos¹¹⁹.

La vida sigue su propia marcha, y dentro del ambiente de la peculiar moral de la época, nos encontramos con que Marco de Segura, de Mutriku, deberá pagar, por sus contactos con una moza virgen, siendo como era «hombre suelto» o soltero, la cantidad de quince ducados. Esto facultaba a la muchacha a considerarse restablecida en su honor pues «se puso las tocas en su nombre», detalle por el que se reconocía la paternidad de Marco¹²⁰. Pocos días antes, ese mismo año de 1557, se nos facilita un significativo dato comparativo: en esa misma villa, Martín de Sarasua entrega al ondarrés Hurtuño de Fulla la misma cantidad de quince ducados por actuar de capitán en una campaña de corso que se dirige a Francia¹²¹. Detalles bélicos y vida cotidiana se mezclan con naturalidad en la documentación, y sin duda respondían a la realidad de la sociedad de la época.

Las autoridades no sólo deben velar por la seguridad ante los acosos franceses, sino ante otro peligro que puede adquirir otra dimensión no menos dañina: así vemos que el ocho de octubre de 1557 llega al puerto de Mutriku un navío de Laredo que, según los indicios, venía de armada pero también con intenciones de establecer intercambios comerciales. El problema residía, en este caso, en que debido a una enfermedad llamada «modorrila», dentro del barco iban falleciendo muchos marineros. Al habitual temor de morir en altamar, sin poder ser enterrados en sagrado, se añadía en esta ocasión la desgraciada circunstancia de no poder trasladar los muertos a tierra, según se desprende de la preocupación de los ocupantes del barco de que no podían «enterrar los cuerpos» de los que iban falleciendo, pues las autoridades recelaban de alguna enfermedad contagiosa. Por otra parte, querían entrar en el puerto para cargar el barco y conducirlo rumbo a Lisboa. Finalmente, les permiten entrar en el puerto, pero de ningún modo abandonar el barco y mezclarse con la población¹²².

Pasando a la vecina Orio, nos encontramos en primavera del 1561 con Juan de Arrenagui, vecino de Lekeitio, que estaba fabricando una zabra de treinta toneladas, a la que el francés Juanes de Chibao suministraría toda la jarcia, velas y masteles necesarios, para un viaje de negocios a Francia, Bretaña y Galicia, periplo que se realizaría «si no fuere por guerra»¹²³. Poco más tarde, el año 1563, encontramos en Orio una perfecta ambientación marinera muy similar a la que se daría pocos años antes, en tiempo de conflicto declarado. Se trata de que, a la muerte de uno de los beneficiados de la parroquia, el presbítero Domingo de Segura, la comunidad debe hacerse cargo, como patrona de la misma, de elegir un nuevo cura¹²⁴. En las votaciones se percibe una amplia ausencia de gente debido a su dedicación al mar: el propio alcalde, Juan Martínez de Hohoa, se halla «ausente en el mar», y se hace cargo de las elecciones el escribano Domingo de Hohoa. El número total de electores ronda el centenar, incluidas las viudas, que se cuentan hasta doce, y marineros ausentes. Entre estos, se señalan once que se hallan en Terranova, dos en Galicia, y cinco, sin más especificación, en el mar. El significativo año de 1555 se había producido una circunstancia similar, cuando en pleno clima bélico el alcalde hizo llamamiento a los vecinos para elegir el correspondiente beneficiado¹²⁵. Estas cifras de ausencias, que se saldarían con frecuencia con desaparecidos o muertos en servicio, nos lleva a reflexionar sobre la relativa escasa diferencia que estas comunidades marineras debían notar en tiempo de paz o de guerra, puesto que para sus componenes todo se limitaba a una feroz lucha contra los elementos o contra los enemigos, al objeto de asegurarse la supervivencia.

Más cerca de la frontera, donde la presencia del conflicto es más acuciante, las poblaciones vecinas y hermanas se ven obligadas a arbitrar remedios para asegurar la supervivencia. Tras los graves enfrentamientos ocurridos los años anteriores, el veinte de julio de 1557 se reúnen en Hondarribia los representantes de «Yrún Urañçu, Rentería, Oyarçun, Hernani, Murguía, Urruya, Hendaya, Çuberno e Biriatu, Ezpeleta, Añoa, Sara e Azcayn»¹²⁶. El objetivo, restañar en lo posible las heridas

119. AHPO, I-2577 f. 14.

120. AHPO, I-2577 f. 45, año 1557. Ponerse las tocas respondía a un rito propio de la época, como símbolo de que se dejaba la doncelez, cubriendo a partir de entonces la cabeza con un velo, que a veces recibía el nombre de beatilla.

121. AHPO, I-2577 f. 42v.

122. AHPO, I-2577 f. 39.

123. AHPO, III-1785 f. 161.

124. AHPO, III-1786 f. 125.

125. AHPO, II-1220 f. 80v.

126. AHPO, III-325 f. 1.

de la guerra y promover el intercambio de prisioneros y la devolución de ganados, y se propone que «para dar horden en el rresgate que cada persona y cabalgadura y ganados sería bien que pagasen seyendo presos por los de la una parte o de la otra y agora entre ellos se había tratado y lo que les peresçia y se debía guardar hera en la mañana siguiente». En la lista posterior se añaden algunos nombres de localidades no señaladas al principio, como Lezo, Pasaia, Jaizubía, Astigarraga, y Ziburu. En resumen, todo lo que alcanza una amplia zona fronteriza que pudo verse afectada más que el resto de poblaciones. Para el rescate se determina que:

«Si fueran presos los unos de los otros que hayan de pagar e paguen de rresgate cada hombre que ansí fuera preso de qualquiera de las dichas villas tres ducados de a honze reales cada ducado, sea rico o pobre.

Yten que si algún moço fuere preso que no lleva armas de diez e seys años abaxo que no pague ni le pidan ningún resgatte, pero si por caso lo allaren acompañando para trender personas o ganados en compañía de los que fueren a robar, que en tal caso el tal moço pague los dichos tres ducados de resgate.

Iten que los hombres que ansí fueran presos, pagando el resgate los pongan en libertad en sus tierras, sin que por otra causa ninguna fuera detenido.

Yten que caso después que fuese preso por una vez hubiese de seer perejo segunda vez en un día que en el tal caso volviendo a su tierra el de Castilla a la parte de Castilla y el de Francia a la parte de Francia no pague ni haya de pagar otra vez el dicho resgate.

Yten que cuando fuese presa una persona con su cabalgadura y criado que pagando tres ducados por su persona y medio ducado por la cabalgadura, sea caballo o rocín o quartago o mula, que se alibre tras pagar aunque tenga moneda o ropa (hacienda).

Que los pastores que andan en guarda de los ganados sean libres y que no pague resgate ninguno aunque sean presos.

Yten que cada cabeza de buey e vaca e yegua y macho y rocín que fuere preso pague medio ducado cada cabeza y cabra e oveja y puerco con sus crías y cada cabeza de carnero medio real y no más.

Que si por caso algún ganado de suyo pasare de la una parte a la otra como suelen que en tal caso sin resgate les dexen libremente para que vuelvan a sus dueños.

Que las personas que andan tomando cebo para pescar y pescando por el rio y ribera y las gabarras y gabarreros que andan por la canal e rio ansí los de la una parte como de la otra u de Endaralasa y las persona y mercaderías que en las dichas gabarras andubieren desde la barra puedan andar y anden seguras sin que sean presos por ninguno que no anden con armas y si por algunos de la una parte o de la otra fueran presos que sin resgate ni quitar cosa ninguna les dexen a las personas y a las gabarras y a las mercaderías que las dichas gabarras por la canal e rio arriba e abaxo andubieren con tal que no puedan andar ni saltar en tierra firme fuera de donde toca el agua de la mar y del rio los de la una parte ni de la otra.

Y para guardar este dicho concierto hasta en tanto que la real magestad y su capitán general e sus súbditos y el Cristianísimo rey de Francia a los suyos otra cosa mandaren dixieron que hazían e hizieron obligación en forma y renunciación las leyes que aprovechar les pudieren por virtud de los poderes que para ello tenía y los que poder no tenían prestatando de los traer con ratificación de los susodichos y que las justicias les agan guardar e cumplir e pagar bien ansí como si por ellos fuese seniado contra la parte que no guardase».

Todo lo anterior denota una clara estrategia diseñada por comunidades tradicionalmente vinculadas por antiguos tratados de colaboración y no agresión, que tienden a establecer las mínimas medidas imprescindibles para una vida en vecindad donde todos se necesitaban y complementaban mutuamente.

Guerra y supervivencia constituyeron las dos caras de una misma realidad, de la propia vida que tocó vivir a nuestras comunidades marineras. Estas intentaron vivir fieles a un estilo de vida a la que el destino les condujo, una existencia llena de peligros y de sinsabores sin cuento. El juego político de los monarcas castellanos no les resultó muy propicio, pues los hombres de mar eran tratados como medio de transporte ocasional al servicio del Rey, o como armada paralela cuyo destino era castigar los intereses económicos de las monarquías vecinas. El curso vasco se inscribe en esta dinámica, circunstancia que acabó mermando notablemente las capacidades mercantiles y de servicio de Euskal Herria.